Nuestra juventud

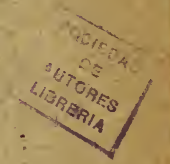
COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

M. A. CAPÚS

TRADUCIDA POR

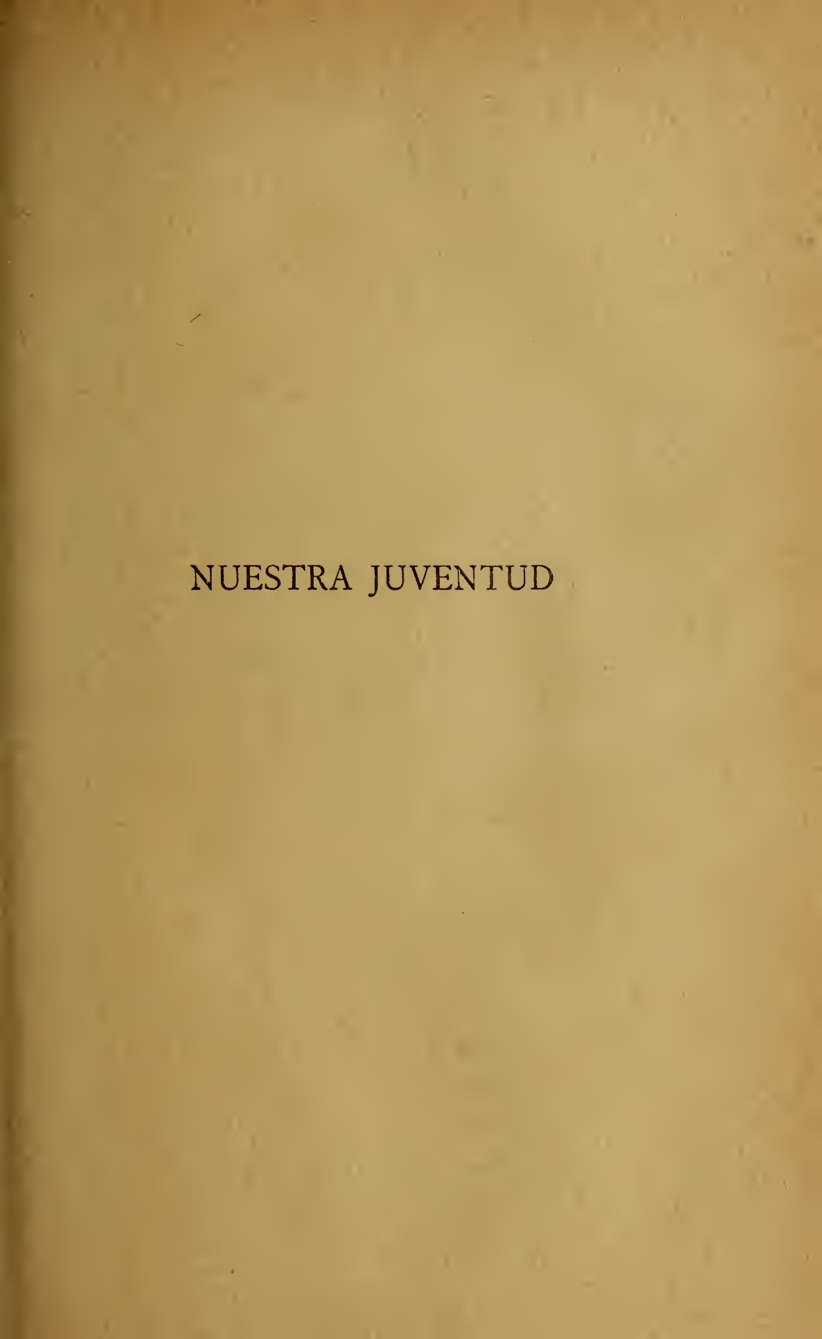
Ceferino Palencia y Tubau y Julio Palencia y Tubau





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906



NUESTRA JUVENTUD

NUESTRA JUVENTUD

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

M. A. CAPÚS

TRADUCIDA POR

Ceferino Palencia y Tubau y Julio Palencia y Tubau

Estrenada en el GRAN TEATRO de Madrid, la noche del 4 de Enero de 1906

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA BRIANT	María A. Tubau.
LAURA DE ROINE	Dolores Estrada.
ALICIA DE BERNAC	Julia Martínez.
LUCÍA	Josefa Cobeña.
UNA CRIADA	Concepción Esther.
CHARTIER	Carlos Miralles.
BRIANT (PADRE)	José Prado.
LUCIANO BRIANT	Francisco Villagómez.
SERQUY	José Valle.
DE CLENORD	Luis Villanova.
LIVERDON	Carlos Allens-Perkins.
DAVERNAY	Luis Agudín.
UN AYUDA DE CÁMARA	Antonio Gimbernato.

Todos menos Elena y Chartier



ACTO PRIMERO

Cerca de Trouville, en la costa de Grace. Una habitación grande en Villa Chartier, con una gran puerta vidriera en el fondo. Puertas á la izquierda y á la derecha; pequeña puerta, á la derecha en primer término.

ESCENA PRIMERA

LAURA y después CHARTIER

LAURA (Dentro.) ¿No ha venido aún mi hermano?

CHAR. (Entrando por la puerta de enfrente de donde sale Laura.) Aquí estoy.

LAURA ¿Has ido á Trouville?

CHAR. De allí vengo y á pie; ¡dos kilómetros... con este sol de justicia!

LAURA Te conviene, es muy higiénico. ¿Has recordado á todos nuestros amigos que comen hoy aquí? ¿Se lo digiste á la señora Bernac?

CHAR. A todos, á todos; y celebro que venga tanta gente; quiero que Luciano pase lo más agradablemente posible, los días que esté con nosotros. Ya que le hemos traído, hasta soy capaz de agasajar á su padre.

LAURA ¿Por qué no les dices que no se vayan tan pronto?... Se les puede arreglar el pabelloncito.

CHAR. Pues es verdad. Voy á decírselo ahora mismo. ¿Dónde está?

LAURA En su cuarto, creo que está escribiendo. Oye. Hace poco ha venido una joven, casi una niña.

CHAR. ¿Sí? ¿quién es? ¿qué quería?

LAURA No sé; no ha querido decirme su nombre; únicamente deseaba saber á qué hora estarías en casa.

CHAR. ¿Ha preguntado por mí? Pues no caigo...

LAURA Como su aspecto no es nada sospechoso, la he respondido que te encontraría desde las seis en adelante, y que tendrías mucho gusto en recibirla.

CHAR. ¡Vaya si le tendré! ¿Y es bonita?

LAURA ¡Muy bonita!

CHAR. Ya estoy deseando verla. ¿Quién será? (Entra Luciano con dos cartas en la mano.)

ESCENA II

LOS MISMOS y LUCIANO

LUC. ¿Pueden ustedes decirme si llego á tiempo aún para echar estas dos cartas al correo?

LAURA Démelas usted. Haré que las lleven en el coche.

LUC. No, señora; de ningún modo; no quiero causar la más pequeña molestia.

LAURA ¡Por Dios!

LUC. Les advierto á ustedes que no tienen sello.

CHAR. Se les pondrán, no tengas cuidado. (Coge las cartas de las manos de Luciano y se las da á Laura que sale por la puerta vidriera.)

ESCENA III

CHARTIER y LUCIANO

CHAR. ¡Vaya una vida la tuya! Acabas de almorzar y te encierras en tu cuarto á escribir. ¿A eso llamas estar de vacaciones?

LUC. ¿Quién te ha dicho que estoy de vacaciones? He venido á Trouville, únicamente, á darte un abrazo, á que volvieras á ver á mi mujer, á quien hacía mucho tiempo que, tanto tu hermana como tú, no veíais, y á pasar ocho días con vosotros, pero.. nada más.

CHAR. Ocho días, ¿eh? Pues sabrás que hemos decidido que os quedéis un mes, por lo menos.

LUC. ¿Un mes, por lo menos?

CHAR. Por lo menos; lo hemos decidido mi hermana y yo. Os habilitaremos un departamento de la casa, y así estaréis en completa libertad.

LUC. ¡Imposible! Es absolutamente indespensable que yo esté el lunes en Besançon.

CHAR. ¿Por qué?

LUC. Porque así lo exige la marcha de mis negocios. ¿Ignoras que desde hace seis años, ni mi padre, ni yo, tenemos un día de reposo? ¿O crees que una casa como la nuestra se puede abandonar así como así?

CHAR. Ausentarse, descansar unas cuantas semanas, no quiere decir que se abandone... Hoy, nuestros industriales... Serquy, por ejemplo...

LUC. Me citas un *amateur* y no un verdadero industrial. Serquy es un caballero que ha heredado una fortuna inmensa y no tiene que preocuparse del día de mañana. ¿Está en Trouville?

CHAR. Está noche comerás con él.

LUC. Me alegro; siempre es agradable comer al lado de un hombre tan rico.

CHAR. Cualquiera que te oyera, creería que no tienes sobre qué caerte muerto. El mismo Serguy, que está tan al corriente como tú de tus negocios, me lo ha confirmado. Eres uno de los grandes metalúrgicos del Este. Los productos de tus fábricas están solicitadísimos. Vives en un semi-palacio, tienes á tus órdenes cientos de hombres... ¿qué más puedes desear? ¡Antes no eras así!... ¡Antes, por el contrario, eras alegre, jovial!... ¿Qué te pasa? ¿Acaso no eres feliz?

LUC. No tengo ningún motivo para ser desgraciado.

CHAR. ¿No vives en buena armonía con tu padre?

LUC. En buenísima.

CHAR. Tu mujer es encantadora... Bien es verdad que no has tenido descendencia, pero aún puedes tenerla.

LUC. Así lo espero.

CHAR. Créeme; olvídate por unos días de los malditos negocios. ¡Vive! ¡goza! ¡triunfa!

LUC. Tú no tienes en cuenta, querido Chartier, que estamos en plena crisis industrial y comercial... ya sé, ya sé que á tí, lego en estas materias, con tal de que no te falte nada de cuanto exige el lujo que te rodea y á que estás acostumbrado, poco puede importarte esta crisis. Pero á mí que soy tu proveedor, el que te proporciona ese lujo, ya es otra cosa. Yo veo, sé por varias pruebas palpables, que hoy en día la industria más floreciente y más boyante, se arruina por cualquier motivo, por una huelga, por una catástrofe imprevista, por competencia con otras industrias... créeme, estamos amenazados de grandes acontecimientos.

CHAR. ¿Sí? ¿Cuáles?

LUC. ¡Qué sé yo! ¿Te ríes?... haces bien. Veremos cuál de los dos tiene razón... al tiempo.

CHAR. Creo que exageras.

LUC. ¿A tí no te preocupa el día mañana? ¿el porvenir?

CHAR. Me tiene sin cuidado.

LUC. ¿Y si de pronto te encontrases arruinado y sin recursos de ningún género?

CHAR. Todo se reduciría á perder mis antiguas costumbres y á adquirir otras nuevas. Me haces el mismo efecto que un loco, que se atormentara preguntándose de continuo; ¿Cómo me las compondría yo, si me quedase ciego ó paralítico? ¿A qué conducen esas preocupaciones? No me creo inmortal, pero eso no quiere decir que piense en morirme esta misma noche.

LUC. ¡Cómo se conoce que no has tenido ninguna contrariedad en la vida!

CHAR. ¿Que no he tenido ninguna contrariedad? ¿Estás seguro?

LUC. Eres libre, independiente, rico, y no necesitas tomarte el trabajo de hacer fortuna.

CHAR. ¿Pero quién te ha contado que yo soy rico?

LUC. Cuando hace veinte años dejamos de vernos... al terminar nuestros estudios, ¿no heredaste una cuantiosa fortuna?

CHAR. Sesenta mil francos de renta. .

LUC. ¿Y te parece poco? ¡Una friolera!... ¡Dos millones!

CHAR. ¿Sabes lo que me queda de esos sesenta mil francos de renta?

LUC. ¡No!

CHAR. Pues me quedan unos quince mil francos, poco más ó menos.

LUC. ¡Ah! ¡Ignoraba!...

CHAR. No... no trates de consolarme; estoy consolado... pero ya ves como he tenido alguna contrariedad.

LUC. ¿Malos negocios? ¿Has jugado?

CHAR. ¿Por quién me tomas? ¿No has oído hablar en Besançon de una tal Pervenche?...

LUC. No; ¿quién es?

CHAR. Pues una mujer á quien yo quería.

LUC. ¿Mucho?

CHAR. Millón y medio... de francos.

LUC. ¡Carísimo... amor!

CHAR. Y, sin embargo, yo estaba dispuesto á seguir, pero ella...

LUC. ¿Te abandonó?

CHAR. Una mañana, al levantarse, me dijo estas palabras: «Hemos terminado. Ya tengo en mi poder las tres cuartas partes de tu fortuna, que es á lo más que puede aspirar una mujer, cuando se trata de un hombre rico como tú. Me basta. He encontrado otro de quien estoy enamorada y con quien me caso.»

LUC. ¿Y se casó?

CHAR. Con un empleado del Louvre; se quieren con delirio...

LUC. Lo que no impedirá el que tú la visites de vez en cuándo.

CHAR. Sí; se ha convertido en hostelera. Ha adquirido un Restaurant en la carretera de Trouville, y como en él se almuerza divinamente, aporto por allí algunos días. Ya vendrás conmigo. Mi exnovia me recibe con la cordialidad de un antiguo amigo. Y creeme, al ver el orden, la tranquilidad, el bienestar y la alegría que se respira en aquella casa, casi me consuelo de no habar sabido conservar mi fortuna, porque seguramente no la hubiese dado mejor empleo.

LUC. Menos mal que estás resignado.

CHAR. ¿Qué remedio me queda? Y lo más triste es, que mientras yo sufría tales reveses de fortuna, á mi hermana le sucedía lo propio, aunque por muy diversos motivos. Como sabes, se casó con un tal señor de Roine, mitad bolsista, mitad *gentleman*. Como *gentleman* era muy simpático, pero como bolsista, era el tonto más tonto que puede concebirse; se arruinó en la Bolsa, perdiendo lo suyo y las tres cuartas partes de la fortuna de mi hermana.

LUC. ¿Las tres cuartas partes? Como tú.

CHAR. Como yo; ya te he dicho...

LUC. ¿Y qué?

CHAR Pues que mi cuñado murió de una enfermedad muy *chic*, muy de hombre de mundo; de anemia, de neurastenia; y como mi hermana se quedó viuda y sola á los cuarenta años, y yo estaba solo también, juntamos nuestras soledades y el resto de nuestras fortunas, y hace diez años que vivimos unidos. Los inviernos los pasamos en París, en un mismo piso, pero en diferentes departamentos, y los veranos nos venimos aquí, á esta villa que compré en mis tiempos de millonario. Y aquí me tienes, casi en completa felicidad; porque mi hermana, excuso decirte que vive consagrada á mí; el bien ajeno es lo único que la preocupa; es uno de esos seres que parecen inventados por el egoismo de los hombres. No es mi hermana, es más bien una madre; tiene al-

gunos años más que yo, y esa diferencia de edad puede decirse que constituye su mayor orgullo.

LUC. ¡Cómo te envidio tu carácter, querido Chartier! Hay personas que no solamente son felices, sino que comunican su alegría y su felicidad á todo cuanto les rodea. Esas personas no tienen precio en el mercado de la vida... tú eres una ellas, ¡dichoso tú! Yo, en cambio soy caviloso, sombrío... ¡todo lo veo gris, negro, trágico! Ni aun de mi juventud conservo un solo recuerdo agradable.

CHAR. ¿Que no?... ¿Y me lo cuentas á mí? A mí, que desde chiquillo, desde estudiante, he sido tu íntimo, tu compañero de aventuras. ¡Pues no nos hemos divertido, que digamos! ¡No hemos mariposeado poco con unas y con otras! ¿No te acuerdas de aquella modistilla de sombreros, que tenía una tiendecita muy cuca en el barrio Latino, y que invariablemente todos los domingos comía con nosotros en el campo?

LUC. (Animándose.) Loló.

CHAR. Eso es, Loló. ¡Parece que la estoy viendo! Era rubia, con unas manos muy finas, y unos ojazos muy azules... ¡Qué pareja tan encantadora hacíais los dos! Cuando me separé de tí estábais en pleno idilio.

LUC. ¿Y no sabes cómo terminó?

CHAR. Supongo que como terminan todas las aventuras de ese género... Tú te irías por un lado y ella por otro, y si hoy os viéseis en la calle ni aun os reconoceríais.

LUC. Sí, ese es el desenlace natural y corriente en esa clase de amoríos, pero como yo soy un desgraciado... ¡Ya... ya te contaré!

CHAR. Bien; ya me lo contarás otro día, pero con todos sus detalles; y ese es otro de los motivos que te obligarán á permanecer aquí hasta fines de verano... Tengo cierto derecho á saber... (Viendo á Elena que entra con Laura.) ¿Verdad, señora, que se quedan ustedes?

ESCENA IV

DICHOS, ELENA y LAURA

ELENA Con mucho gusto.

LUC. Pero...

ELENA Nada, nada, tú necesitas reposo, y yo necesito... todo lo contrario, y como estos señores nos ofrecen una hospitalidad deliciosísima, me quedo, nos quedamos.

LAURA Muy bien dicho.

CHAR. Desde esta noche os instalais en nuestro pabellón; libertad absoluta.

LUC. Pero...

LAURA (A Luciano.) No se admiten réplicas ni discusiones; lo hemos decidido Elena y yo.

LUC. Y por mi parte no deseo otra cosa...

CHAR. Pues entonces...

LUC. Pues entonces... me permitirán ustedes que lo consulte con mi padre, ¿no es verdad?

LAURA Permitido. ¿Dónde está el señor Briant?

LUC. Creo que trabajando en su habitación.

ELENA (Muy jovial durante toda esta escena.) ¡Trabajando! ¿Qué ha de estar trabajando, si acabo yo de verle en el jardín, tendido en una *chaisse longue* de mimbre y fumándose tranquilamente un rico habano? Este marido mío vive en la luna; cree que su padre es una especie de máquina de vapor, y te equivocas, hijo, te equivocas; la máquina se pasa semanas enteras sin funcionar.

LUC. Elena...

ELENA Después de todo, hace bien... A su edad es naturalísimo el descanso.

LUC. Eres injusta, Elena. Ya sabes que gracias á mi padre, á sus consejos, á su actividad...

ELENA (A Laura.) ¿Eh?... ¿qué le decía yo á usted? Precisamente hace un momento contaba yo á la señora de Roine, (Dirigiéndose á Luciano.) la causa de todos nuestros disgustos y discusiones... Y (A Chartier y á Laura.) puesto que

vamos á vivir bajo el mismo techo una larga temporada, es conveniente, y hasta necesario, que nos conozcan ustedes á fondo. Una de nuestras manías, quizá la única, consiste en pelearnos continuamente, por la discrepancia de opiniones acerca del señor Briant... Su hijo le cree un ser privilegiado, omnipotente, infalible... y yo...

LUC. Tú le crees todo lo contrario.

ELENA Le creo un hombre como los demás.

LUC. Muy superior á los demás.

ELENA ¿Eh? Vayan ustedes tomando nota; ya estamos en plena disputa... Y convencido mi esposo de esa superioridad de su señor padre... se deja dominar como una criatura de ocho años, y pretende que yo me deje dominar de igual modo, y hasta que sufra humillaciones. Pero tú te olvidas de que, si bien te he prometido obediencia á tí, no he prometido que me resignaría á ser mandada por mi suegro.

LUC. Cualquiera diría que se trata de un déspota.

ELENA Yo no digo que se trate de un Nerón.

LUC. ¡Oh!

ELENA Niega que le tienes un miedo cerval; y si no, vamos á ver... ¿Tomas alguna determinación sin permiso suyo? ¿No le consultas hasta las cosas más pequeñas? ¿No le pides licencia para llevarme todos los años unos cuantos días á París?

LUC. Los negocios... la fábrica...

ELENA Para quedarnos cuatro semanas más en compañía de estos buenos amigos, ¿no acabas de confesar que necesitas consultarlo con tu superior? Y por último, ¿por qué no me has comprado ya un automóvil, á pesar de habértelo suplicado casi con lágrimas en los ojos? ¡Por tu padre y sólo por tu padre!

LUC. Mi padre no se mezcla en nuestros asuntos.

ELENA ¡Qué más quisiera yo!

LUC. No la crean ustedes. (A Laura y Chartier.) Es tan injusta como exagerada. Sin el auxilio, la inteligencia y la poderosa actividad de

mi padre, tendría que renunciar á la mayor parte de mis negocios.

ELENA Y estaríamos pidiendo limosna á la puerta de una iglesia.

LUC. ¡Oh!

ELENA ¡Cállate! ¡qué afán de echarse por el suelo! Tú vales más, pero mucho más.

LUC. ¿Yo?

ELENA Vean ustedes cómo se indigna por el *insulto* que acabo de lanzarle; porque tengo de él el concepto que se merece. (A Laura.) Pues así son todos los disgustos en mi casa.. pero no se alarmen ustedes; prometo no repetir el espectáculo, por lo menos mientras permanezcamos aquí ..

LAURA No, por nosotros no se violenten ustedes.

CHAR. Justo; libertad completa; sobre que estas disputas de familia son muy divertidas.

ELENA (A Luciano.) Ea, no te enfades, rectificaré mi juicio sobre tí; te creeré un autómata, un ser inferior... Y ahora, vete en busca de tu padre, y quiera Dios que le encuentres en un buen cuarto de hora.

CHAR. (A Luciano.) Anda, sí, te acompaño.

LUC. (A Laura.) Conste que por no agriar la discusión...

ELENA No me has confundido, ya lo sé... ¡Anda! ¡vete! ¡vete!... (Mirando por la puerta vidriera.) ¡Mira! ¡allí le tienes! sigue fumando su cigarro, tendido en la *chaisse longue.* ¡Cómo trabaja!... (Vanse Luciano y Chartier.)

ESCENA V

ELENA y LAURA

ELENA Ya comprenderá usted que por respeto y consideración á Luciano, no he querido insistir en el asunto; pero la verdad, la horrible verdad, no puedo ocultársela á usted á quien ya considero como una verdadera amiga... Mi suegro es perfectamente insoportable.

LAURA ¡Por Dios!

ELENA Insoportable; no retiro la palabra. Usted se convencerá. No le ha visto usted sino dos ó tres veces, ¿no es cierto? Pues fíjese, si ya no lo ha hecho, en su tono autoritario, socarrón é insolente... No le perdona á su hijo el haber sabido desarrollar todos sus negocios por su sola cuenta. Vive con nosotros, más que por gusto, por necesidad... lo que no quita para que pretenda imponérsenos constantemente. Su mayor placer es zaherir á todo el mundo, con frases molestas y de doble sentido... pero, eso sí, las acompaña de cierta sonrisita irónica, que ataca los nervios... Todo lo encuentra malo, pueril, insustancial. Compara la sociedad de hoy con la de sus tiempos... y naturalmente, la de hoy se halla en plena decadencia, en completa descomposición. Acaso sea cierto... yo no lo sé... no me atrevo á afirmar lo contrario, pero en fin, es muy desagradable el estarlo oyendo á todas horas. Ha infiuído de tal modo en el carácter de su hijo, que ha llegado á convertirle en el hombre más caviloso, más incrédulo y más pesimista de la tierra. Todo le inquieta y por todo se preocupa mi pobre Luciano. Que si Francia está perdida, que si la crisis fabril es terrible, que si el edificio social volará de un momento á otro, que la catástrofe es segura... ¡Qué sé yo cuántas jeremiadas, que me ponen el corazón como una avellana, es decir, me le pondría si yo no tuviera un carácter diametralmente opuesto al de Luciano. Y porque no pienso como él ni como su padre, porque trato de infundirle ánimos y de combatir todas sus preocupaciones... me juzgan ligera, superficial y caprichosa.

LAURA ¿Los dos?

ELENA Sí, señora, los dos tienen igual concepto de mí. Y añada usted á todo esto la falta de un hijo, de un solo hijo en mi matrimonio; el ambiente enervador y malsano de la vida de provincias, el recelo y la vigilancia con-

tinua, y se formará usted una idea aproximada, de mi estado de ánimo y de la lucha que me veo obligada á sostener; sin contar con algo más grave aún, y es, que empiezo á darme cuenta de que soy una mujer honrada.

LAURA Y cuando una mujer empieza á darse cuenta de eso...

ELENA Es cuando está más cerca del peligro.

LAURA No es envidiable la situación de usted, querida Elena, pero tampoco es desesperada.

ELENA Piense usted que estoy, puede decirse, en el fiel de la vida: en un platillo, la vejez; la juventud en otro. Ún soplo, un sencillo movimiento, puede hacerme caer del lado de la irreflexión.

LAURA Si tuviera usted mi edad...

ELENA No habría caso, ya lo sé. ¿Cuánto tiempo hace que es usted viuda?

LAURA Doce años.

ELENA ¿Y echa usted de menos á su marido?

LAURA Todavía no. Verá usted qué deliciosos días vamos á pasar en este mes de vacaciones.

ELENA Serán los primeros de que disfrutaré, desde que salí del colegio. ¡Digo! si mi señor suegro se digna otorgarme su permiso... ¡Ah!... aquí viene.

ESCENA VI

DICHAS, BRIANT, LUCIANO y CHARTIER

CHAR. (A Elena y á Luciano.) Decididamente se quedan ustedes con nosotros.

BRIANT (Hablando, según su costumbre, irónicamente.) Decididamente; y no sé por qué se me figura que Elena no lo sentirá.

ELENA ¿Por qué he de sentirlo? al contrario.

BRIANT Y á Luciano tampoco le vendrán mal estos días de asueto y de reposo. (Dirigiéndose á Chartier.) Porque aquí donde ustedes le ven tan sano en apariencia...

ELENA ¿Cómo en apariencia?

BRIANT Es de una naturaleza muy débil y enfermiza.

LUC. Sí, es cierto.

ELENA (A Luciano.) ¿Cómo que es cierto? ¿te sientes mal? ¿qué tienes?

LUC En realidad... ¡nada!

ELENA Pues entonces...

LUC. Pero no podemos dejar abandonadas las fábricas, los negocios...

BRIANT En efecto; la presencia de uno de los dos, es allí necesaria...

ELENA Sobre todo la de usted, papá.

BRIANT ¡Qué cariño me tiene mi nuera!

ELENA No es falta de cariño, es confianza en la inteligencia y en la actividad de usted.

BRIANT Desde luego, mientras permanezcamos aquí bajaré á Besançon todas las semanas.

LUC. ¿Y usted por qué ha de molestarse? Iré yo.

BRIANT Saldré los domingos temprano, llegaré á París al medio día... por la tarde en casa, y á la mañana siguiente estaré de regreso, después de haber echado una ojeada á todo.

LUC. Insisto en que para usted es molestísimo.

CHAR. Dice bien Luciano.

BRIANT (Sonriendo desdeñosamente.) ¡Bah! ¡Si en la vida no hubiese yo sufrido molestias mayores!... Además, duermo en el tren como en mi cama, no te preocupes.

LAURA ¡Bravo, señor Briant! ¡que aprendan los jóvenes!

BRIANT Es cuestión de temperamento y de salud, señora. Pertenezco á una generación sana y fuerte En mis tiempos no se conocían los vigorizadores eléctricos... la juventud de hoy está partida por el espinazo. (Dando ligeros golpes cariñosos en la espalda de su hijo.) Nada, hijo mío, cuídate y descansa, que yo trabajaré por tí.

ELENA (Aparte.) (¡Qué cinismo!)

CHAR. (A Briant.) ¡De todos modos, procuraremos que le resulte á usted lo más agradable posible su estancia en Trouville.

BRIANT Lo agradezco y celebraré infinito conocer

con todos sus detalles una estación veraniega á principios del siglo veinte.

CHAR. ¿Para comparar?

ELENA No, en el siglo de papá, no había más estaciones... que las del año.

BRIANT (Con mucha intención.) Y cuando mi nuera lo asegura, debe saberlo...

ELENA Por referencia, papá, por referencia. Como se sabe la historia... antigua.

CHAR. ¡Qué discreteo!

LAURA ¡Y qué tiroteo!

CHAR. ¡Son deliciosos! Si usted me lo permite tendré mucho gusto en presentarle á usted alguno de nuestros amigos... A Clenord, que vendrá más tarde. (A Luciano.) Clenord, nuestro condiscípulo, ¿no te acuerdas de él?

LUC. Sí, tengo una idea...

CHAR. Y á Serquy... (A Briant.) Serquy... ¿no le suena á usted el nombre?

BRIANT Sí... creo que sí...

CHAR. Los dos son dos grandes *metalúrgicos* como ustedes.

LUC. Serquy ya debe ser hombre de años.

CHAR. Más joven que nosotros y ha tenido la habilidad de *fabricarse* una naturaleza de hierro, como ha tenido la virtud de labrarse una fortuna por su propio esfuerzo y su constante labor. Asombra la actividad y la resistencia de ese hombre. Al morir su padre, se puso al frente de todos sus negocios, y los lleva y dirige admirablemente; lo que no le impide el pasar todos los años un mes en Trouville, quince días en Aix-le-Bains... y tres semanas en el Mediodía; amén de hacer alguna escapatoria á Escocia, en el otoño á cazar, jugar... etc., etc... en suma: que se da la gran vida.

BRIANT Vamos, sí; es el prototipo del gran industrial moderno; pero si su padre hubiera hecho lo propio, de seguro que el hijo no podría permitirse el lujo de ir á cazar zorras á Escocia.

CHAR. Quizá; pero á pesar de sus costumbres modernas, estoy seguro que celebrará usted

conocerle porque se trata de una bellísima persona. (Mirando por la puerta vidriera.) Mire usted; aquí viene acompañando á su prima la señora de Bernac, que también come con nosotros.

LAURA (Aparte á Chartier.) (No le digas que están en relaciones.)

CHAR. (¿Quiénes?)

LAURA (Serquy y su prima.)

CHAR. (¿Y por qué no?)

LAURA (Como ella se divorció de su marido y este señor no transige con ciertas cosas...)

CHAR. ¡Bah!... (A Briant.) Los demás invitados son amigos nuestros del Club; Davernay y Liverdón, dos excelentes muchachos.

LAURA Sí, pero muy criticones y algo maldicientes.

BRIANT Fruta del día.

CHAR. (Viendo entrar á Serquy y Alicia.) Señora...

ESCENA VII

DICHOS, SERQUY y ALICIA

CHAR. Puesto que son de rigor las presentaciones... (Presentando.) La señora condesa de Bernac... Elena Briant, Luciano Briant... mi amigo Serquy, el señor Briant.

LAURA Mi primo Serquy me decía cuando veníamos, que tenía verdaderos deseos de conocer á su esposo de usted... Y por mi parte espero que no sea esta la última vez que nos veamos en Trouville.

ELENA Es usted muy amable, señora.

LAURA ¿De modo que usted ya nos conocía?

SER. ¿De nombre? ¡ya lo creo! ¿quién no conoce á los primeros *metalúrgicos* del departamento? Si no recuerdo mal tienen ustedes á sus órdenes...

BRIANT (¿Qué sabrá éste?)

SER. Cuatrocientos obreros, ó para hablar con más exactitud... cuatrocientos cuarenta.

BRIANT ¿Eh? (Asombrado.)

SER. ¿No es así?

BRIANT Sí, en efecto...

SER. Poseen ustedes dos fábricas, una que aprovecha el salto de agua del Doubs... equivalente á una fuerza motriz de trescientos dieciocho caballos de vapor y cincuenta eléctricos, merced á las cuales suministran ustedes luz á media provincia. Han fabricado ustedes el año pasado un millón seiscientos mil kilos de alambre, y cada mes por término medio fabrican ustedes ciento cincuenta mil gruesas de tornillos. (Luciano se asombra.) El negocio de ustedes es vastísimo... Yo tengo un proyecto que pienso comunicar á ustedes el día de la fiesta; porque pienso dar una fiesta en obsequio suyo, (Volviéndose hacia las señoras.) si ustedes me honran aceptándola.

LUC. ¡Oh!

BRIANT Efectivamente, es un tipo interesante; no parece un industrial moderno.

SER. Es preciso que éstos señores no se aburran en Trouville. (Entran Davernay y Liverdon.)

ESCENA VI

DICHOS. DAVERNAY y LIVERDON

TODOS Señores... (Saludando.)

CHAR. (Presentando.) Mis amigos Davernay y Liverdon.

LIV. Querida condesa...

ALICIA ¿No viene con ustedes Clenord?

LIV. Sí, pero nos hemos adelantado; como él viene á pie... ya sabe usted que es esclavo de la higiene...

LAURA Y gracias á esa esclavitud se conserva más fuerte y más joven que ustedes.

LIV. Sí, cultiva ese *sport*.

LAURA ¿Empezamos? ¿Qué le decía yo á usted? (A Elena.)

LIV. ¿Qué decía usted á esa señora?

LAURA — Que son ustedes dos malas lenguas.

LIV. — ¿Porque cantamos las excelencias de Clenord?

ALICIA — Cuidadito que estoy yo aquí.

LIV. — ¡Ay, es verdad! ya no me acordaba que está usted enamorada de él.

ALICIA — ¿Yo?... ¡já, já!

SER. — ¿Eh? ¿Alicia?

LAURA — Se equivoca usted; no es Alicia, sino yo quien está enamorada de Clenord.

TODOS — ¡Já, já!

LAURA — Es muy simpático y es muy amable. Entre todos ustedes es el único que me hace la corte y que me cuenta historietas divertidísimas.

DAV. — Si sólo por contar historias se conquistan las simpatías de usted...

LIV. — ¿A que ignoran ustedes su última hazaña?

LAURA — ¡Adiós, otro embuste!

ALICIA — ¿Cuál? ¿qué ha hecho?

LIV. — Anoche en el Casino se sentó á jugar á las nueve y media y no se levantó hasta las tres de la mañana... el *record* del año.

ALICIA — ¿Y qué?

LIV. — Que perdió diez mil Luises.

CHAR. — ¡Doscientos mil francos!

ALICIA — ¡Jesús!

LAURA — ¡Mentira!

LIV. — ¿Cómo?

LAURA — ¡Mentira!

LIV. — Doscientos mil francos, ni uno menos; los mismos que el notario de Trouville le había entregado ayer por la mañana, como importe de la venta de su castillo de Clenord.

DAV. — Conste que por esta vez yo no le hago el dúo. Ese castillo de Clenord es pura fantasía.

ALICIA — Sin embargo, si no recuerdo mal, en el Franco-Condado hay un castillo que tiene ese nombre... sí; á pocas leguas de nuestro pueblo.

LIV. — Y Clenord, no me negarán ustedes que es oriundo del Franco-Condado. Pues bien, continúo con mi verídica relación... (Dirigién-

dose á Laura.) Nuestro héroe, después de haber perdido los doscientos mil francos, se levantó como si tal cosa, cenó tranquilamente, encendió un cigarro... y volvió de nuevo al tapete verde... con tan buena fortuna, que en poco más de una hora recuperó cuanto había perdido, sin que en las diferentes alternativas del juego, favorables ó contrarias, dejase de asomar á sus labios su peculiar sonrisa. Es un hombre de corazón, todo un carácter. Ya ve usted que no me duelen prendas, y que por esta vez no justifico mi fama de maldiciente.

LAURA ¡Si siempre fuera así!

LIV. Tengo lunas.

ALICIA Entonces, Clenord es hombre muy rico...

DAV. Tanto como muy rico... Doscientos ó trescientos mil francos, que en un par de sesiones en que esté *de malas*...

ALICIA ¡Qué lástima!

LIV. No le compadezca usted, al contrario. Cuando un hombre como Clenord, se arruina, no es una desgracia, es un nuevo aliciente para él, una especie de reclamo. Yo conozco diez ó doce señoras de todas clases y edades, que están esperando á que se arruine, para ofrecerle su mano y su fortuna; sin ir más lejos, la hermosa brasileña madame Salandra, la gran atracción de este año, en Trouville, se le declara todos los días diez ó doce veces. No, y yo lo encuentro muy natural, porque efectivamente Clenord, es un gran partido. Aristócrata de vieja estirpe, figura distinguida, dieciocho duelos, héroe de cien aventuras galantes... Como si dijéramos, el último mosquetero... Hay que guardar como oro en paño esa preciosa reliquia de la Francia romántica.

LAURA Silencio. (A Liverdon. Entra Clenord.)

ESCENA IX

DICHOS y CLENORD

CLEN. (Dirigiéndose directamente á Laura.) Señora, á sus órdenes. (La estrecha la mano.)

LAURA ¿Cómo va, señor de Clenord?

CLEN. Perfectamente.

LAURA (A Elena.) El señor Clenord, de quien hablábamos hace un momento... La señora Briant. (Presentando á Luciano.) El señor Briant.

CLEN. ¿Qué tal, querido Briant? Hace tiempo que no nos hemos visto.

LUC. ¿Que no nos...? ¡Ah! sí; es verdad, que vivíamos juntos en el barrio Latino.

CLEN. Y hasta somos paisanos.

LUC. ¿No ha vuelto usted á Besançon?

CLEN. Una sola vez hace algunos años, con motivo de la boda de una prima mía, la señora de Vallanges.

ELENA Compañera mía de colegio... somos muy amigas.

CLEN. Cierto... muchas veces me lo ha dicho.

ELENA ¿De manera que estuvo usted en su boda?

CLEN. Tuve el honor de ser presentado á usted.

ELENA ¿A mí?

CLEN. Sí... confundido con varios amigos y parientes... no tiene nada de particular que me haya usted olvidado...

ELENA Dispénseme usted, pero...

CLEN. Al contrario, señora, se lo agradezco... porque de este modo me ha proporcionado usted el placer de recordárselo.

LUC. Confío en que si nos volvemos á ver... ¿conoce usted á mi padre? (Le coge de la mano y le conduce á donde está Briant padre.)

LAURA (Volviéndose.) Vaya, señores, vamos á dar una vuelta por el jardín hasta la hora de comer.

CLEN. (Viniendo hacia Laura.) Vamos. (La coge familiarmente la mano y la coloca en el brazo.)

LAURA ¿Viene usted, Elena? ¿Y usted, Alicia?

ALICIA Allá voy. (Deja á Serquy, Liverdon y Davernay y sale con Laura, Elena y el señor Clenord, por la izquierda.)

SER. (A Davernay.) Vamos á ver la puesta del sol.

DAV. No es hora todavía. (Se va con Liverdon.)

SER. Es lo mismo... esperaré... (A Luciano.) Voy á exponerle á usted en dos palabras mi proyecto. (Se lo lleva. Quedan solos Chartier y Briant padre.)

ESCENA X

CHARTIER y BRIANT padre. Luego un CRIADO

BRIANT Son encantadores los amigos de ustedes.

CHAR. Agradables nada más.

BRIANT Lo suñciente para distraer el aburrimiento de mi hija política. Su marido no lo vé... ó no quiere verlo. Luciano es poco observador; y á propósito, ¿cómo le ha encontrado usted?

CHAR. Algo más tristón, pero parece sin embargo feliz...

BRIANT ¡Sí!

CHAR. Son un matrimonio modelo...

BRIANT Sí, hasta ahora, sí. Comparado con los matrimonios de hoy día... Antiguamente al casarse, ya sabía uno que era para toda la vida, y eso daba cierta tranquilidad.

CHAR. Elena parece una mujer inteligente y de un carácter afabilíaimo.

BRIANT Y lo es. Yo la quiero mucho, aunque ella casi me odia.

CHAR. ¡Por Dios!

BRIANT No niego que vale, pero habría necesitado un marido que la hubiera impuesto su autoridad, y Luciano carece en absoluto de energías.

CHAR. A usted en cambio le sobran, y mientras viva usted con ellos...

BRIANT ¡Oh!

CRIADO (Hablando en voz baja á Chartier.) La señorita que ha venido esta mañana.

BRIANT Ea, voy á reunirme con todos.

CHAR. (Sacando la petaca.) Pero antes hágame usted el favor de aceptar un cigarro.

BRIANT Gracias. (Acompaña á Briant hasta la puerta del foro y cuando ha desaparecido entra Luciana.)

ESCENA XI

CHARTIER y LUCIANA

CHAR. (A Luciana.) Pase usted, señorita.

LUCIANA Con permiso. (Confusa y azorada. Entra.)

CHAR. (Presentándole una silla.) Hágame usted el obsequio de sentarse... ¿Es usted la que ha venido esta mañana?

LUCIANA Sí, señor, yo.

CHAR. ¿Y con quién tengo el honor de hablar?

LUCIANA Con la señorita Gilard, Luciana Gilard.

CHAR. (Recordando.) ¿Gilard?

LUCIANA (Curiosamente asombrada.) ¿No le recuerda á usted nada mi nombre?

CHAR. Nada, señorita.

LUCIANA (Levantándose turbada.) Entonces es que me he equivocado; sí, indudablemente es eso; me he equivocado. Pido á usted mil perdones...

CHAR. Veamos, señorita, no se avergüence usted, no hay motivo para ello. ¿No es á mí á quien busca usted?

LUCIANA Al señor Jaime Chartier.

CHAR. Yo soy.

LUCIANA ¿No vivió usted hace ya algunos años en París, en el 39 de la calle Miromesnil?

CHAR. En efecto; ¿pero cómo ha sabido usted que ahora?...

LUCIANA He ido á la calle Miromesnil; allí me han dado las señas de su nueva casa, me han dicho que los veranos los pasaba usted en Trouville...

CHAR. ¿Y ha venido usted á Trouville?

LUCIANA Sí, señor...

CHAR. ¿Sola?

LUCIANA Con una parienta mía á quien he dejado en el Hotel ..

CHAR. Y sin que esto sea indiscreción, ¿podría usted decirme... quién le ha dado mi nombre, las señas de mi casa, y quién le ha sugerido á usted la idea de venir á verme?

LUCIANA Mi madre.

CHAR. ¡Ah!

LUCIANA Mi madre, que me hablaba muy á menudo de la viva simpatía que por ella mostraba usted.

CHAR. ¿Y dónde vivía su madre de usted?

LUCIANA En la calle de Gay-Lussac.

CHAR. ¿Cómo?

LUCIANA Mi madre tenía una tiendecita muy modesta...

CHAR. (Estupefacto.) ¿De sombreros? ¿Entonces es usted la hija de Loló?... ¡Oh! perdóneme usted, señorita...

LUCIANA ¿Por qué? Sé que algunas veces se la llamaba á mi madre Loló, pero su verdadero nombre, era el de Leontina Gilard...

CHAR. (Estrechándole las manos entre las suyas.) Sí, sí, eso es; Leontina Gilard. ¿Ha venido con usted?

LUCIANA Hace tres años que ha muerto, en un pueblecito de los alrededores de Limoges, en donde teníamos familia. En Espenille...

CHAR. ¡Pobre Loló!

LUCIANA Antes de dar este paso y presentarme á usted, lo he pensado mucho; pero agotados los pocos recursos que me dejó mi madre, me he decidido á poner en práctica lo que tantas veces me dijo cuando cayó enferma. «Vé á ver al señor Chartier, muy amigo de tu padre, y él te aconsejará.»

CHAR. (Asombrado.) ¿Amigo de su padre de usted?... ¿Acaso será?...

LUCIANA ¿Luciano Briant? Sí, señor.

CHAR. ¿Luciano?

LUCIANA ¿No lo sabía usted?

CHAR. No, señorita. Ni lo suponía. (Vuelve á estrechar sus manos cariñosamente.)

LUCIANA Pues mi madre creía que lo sabía usted todo.

CHAR. ¡Vamos, ahora comprendo!... ¡Es que!... Bueno, permítame usted que le haga una pregunta, y perdónemela usted, porque... es algo delicada... ¿Cómo le dijo á usted su madre? ¿Cómo supo usted que?...

LUCIANA Comprenda usted, señor Chartier, que entre una madre y una hija, que vivían la una para la otra, no podía existir ningún secreto. Supe que mi madre tuvo relaciones con un hombre, que ese hombre la abandonó para casarse, y que, por lo tanto, soy hija natural. No estoy orgullosa de ello, pero la verdad, tampoco me avergüenzo en nada de mi situación. Conozco muy poco de la vida, pero creo que hoy hay más indulgencia que antes para ciertas desdichas.

CHAR. Por lo menos, debe haberla.

LUCIANA Después de todo, ni engaño ni puedo avergonzar á nadie, porque no tengo familia; soy sola.

CHAR. No, porque yo haré cuanto pueda por usted; esté segura de ello. Ha sido una idea felicísima la de venir á buscarme.

LUCIANA Así lo suponía.

CHAR. Pero, es preciso que hablemos detenidamente. Hay algunos detalles... Oigame usted: ¿conoce usted á su padre?

LUCIANA No, señor; pero creo que no me sería difícil reconocerle, porque conservábamos una fotografía suya, que yo miraba muchas veces. A él personalmente, no le he visto nunca.

CHAR. ¿Y sabe usted dónde vive?

LUCIANA Sí, señor; en Besançon, con su mujer y sus hijos.

CHAR. No, no tiene hijos.

LUCIANA (Indiferentemente.) ¡Ah!... creía...

CHAR. ¿Y no se le ha ocurrido á usted nunca ir á reunirse con él?

LUCIANA Nunca, no señor.

CHAR. ¿Ni escribirle?

LUCIANA ¿Para qué? Mi padre probablemente ignorará que existo; ni aun lo sospechará siquiera, puesto que en dieciocho años no se ha cuidado de indagar... Pero no crea usted que le

guardo rencor; le perdono como le perdonó mi madre... Por otra parte, no se portó mal con ella. Cuando nos fuimos á Espenille la entregó una respetable cantidad, con la cual hemos vivido bastante tiempo; se portó todo lo bien que podía portarse: yo no debo juzgar su conducta; mi madre le había prometido no ser un obstáculo á su felicidad, y cumplió su palabra, porque era una mujer de una carácter y de una firmeza impropias de su sexo y de su clase, y yo debo imitar su ejemplo. Además, ¿qué hay de común entre mi padre y yo?... Ni siquiera un recuerdo, puesto que mi madre murió y él no me conoce.

CHAR. ¡Si llega á saber que vive usted, que está usted aquí!... El... tan... ¿cómo diré yo? El, tan apocado, tan débil...

LUCIANA ¿Débil?

CHAR. Mucho.

LUCIANA ¡Es curioso! Yo me le había figurado enérgico, alegre...

CHAR. Así era antes... pero hoy...

LUCIANA ¿Ha tenido contrariedades? ¿Ha sufrido alguna desgracia?

CHAR. Ninguna.

LUCIANA ¿Lo ve usted á menudo?

CHAR. Sí..: con frecuencia.

LUCIANA Muchas veces me he preguntado qué sentimiento experimentaría yo, si por casualidad me encontrase frente á frente de él.

CHAR. ¿Y?...

LUCIANA Y la verdad, me parece que... ¡no sé cómo explicarlo! creo, se me figura que no sentiría emoción alguna... ó mejor dicho; no... no... que no me conmovería por él... sino por el recuerdo de mi madre.

CHAR. (Pequeña pausa.) Oigame usted, señorita. Es usted tan sincera y veo en usted tal inocencia, tal bondad, que no puedo permitir que siga usted ignorando por más tiempo...

LUCIANA ¿Qué?

CHAR. Su padre de usted está en Trouville. (Movimiento de sorpresa en Luciana.) Aquí... en mi casa.

LUCIANA (Levantándose vivamente.) ¡Ah! Si yo lo hubiese sabido... no me hubiera atrevido á venir, se lo juro. No le dirá usted nada, ¿verdad?

CHAR. Si usted lo quiere así...

LUCIANA Sí; ni á él ni á nadie.

CHAR. A nadie, excepto á mi hermana. A mi hermana no sabría... no podría ocultárselo.

LUCIANA Bien, pero al señor Briant, prométame que no le dirá nada.

CHAR. Se lo prometo á usted.

LUCIANA No; júremelo.

CHAR. Se lo juro á usted... Y ahora, dígame usted su dirección... ¿Dónde para usted?

LUCIANA En el Hotel Libau. Junto á la estación.

CHAR. Mañana iré á verla á usted.

LUCIANA Sí; no saldré del Hotel, y si salgo será un momento nada más.

CHAR. Haré cuanto pueda por usted.

LUCIANA Ambiciono muy poco; cualquier cosa; uno manera honrada de vivir. Será el medio de que se vea usted libre de mí.

CHAR. Descuide usted. Hablaré á todo el mundo, y estoy seguro de proporcionar á usted algo que le satisfaga... se lo prometo.

LUCIANA ¡Mil gracias, señor Chartier!

CHAR. Hasta mañana, señorita; no, ¿cómo dice usted que se llama?

LUCIANA Luciana.

CHAR. Hasta mañana, Luciana, hasta mañana.

LUCIANA Hasta mañana. (En el mismo momento en que va á atravesar la puerta, entra Luciano por la izquierda.

ESCENA XII

LOS MISMOS y LUCIANO

LUC. (Entrando.) Oye, Jaime. (Viendo á Luciana y á Chartier en la puerta.) ¡Ah, perdón! (Se pasea por la misma izquierda.)

LUCIANA (Volviéndose maquinalmente y diciéndole bajo á Chartier, después de haber mirado fijamente á Luciano.) Es él... sí; le reconozco.

CHAR. (Afirmando maquinalmente con la cabeza. Luciana se va visiblemente nerviosa, y Chartier se vuelve hacia Luciano.)

ESCENA XIII

LUCIANO y CHARTIER

LUC. (A Chartier, sonriente.) ¿Quién es esa señorita?
CHAR. (Vivamente.) No la conoces. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

En Deauville, en casa de Alicia de Bernac. Terraza sobre el mar. La entrada de la casa á la izquierda. Avenidas que van á morir en el foro. Derecha é izquierda del espectador.

ESCENA PRIMERA

CHARTIER, ALICIA y luego SERQUY

CHAR. Repito á usted las gracias, señora.

ALICIA Si su recomendada tiene todas esas cualidades que acaba usted de pintar, es un verdadero regalo que le hago á la señora Salandra.

CHAR. Sí, señora; reune todas esas cualidades, se lo aseguro; es una muchacha por la que me intereso muchísimo. Hace dos días que está en Trouville y no quisiera que estuviese más tiempo, sin tener algún cargo ó alguna ocupación.

ALICIA Pues que venga á verme y la daré una carta de recomendación. ¡Pero ahora que caigo! su hermana de usted conoce también á la señora Salandra.

CHAR. Sí, pero una carta de usted será más eficaz. (Hace ademán de retirarse.)

ALICIA ¿No merienda usted con nosotros?

SER. (Entrando por la derecha.) Sí, en el *yatch*; merendamos en el *yatch*, Chartier... (Besa la mano de Alicia.)

ALICIA ¿Están avisados esos músicos?

CHAR. ¿Músicos en pleno día?

SER. ¿Y por qué no?... Quiero que sea una fiesta rara. Vendrán los Briant, el padre inclusive; me es sumamente simpático ese señor, porque es un gran ejemplar en su género. Precisamente hemos organizado todo esto en honor suyo.

CHAR. Muy bien... pues hasta ahora.

SER. Hasta ahora, Chartier, y no se retrase usted.

CHAR. (A Alicia.) A los pies de usted. (Sale por la derecha.)

ESCENA II

SERQUY y ALICIA

SER. ¿Ha recibido usted mi carta?

ALICIA (Enseñando la carta.) Aquí está.

SER. ¿No la ha leído usted todavía?

ALICIA Todavía no. Y pregunto yo. ¿Por qué me escribe usted siendo así que nos vemos de cinco á seis veces al día?

SER. Porque hay cosas que no me atrevo á decirle á usted cara á cara.

ALICIA Atrévase usted.

SER. ¿Quiere usted casarse conmigo? Todo el mundo cree que estamos en relaciones y que vamos á casarnos de un momento á otro. La señora Roine precisamente, no hace mucho que me lo preguntaba. El único que no sabe fijamente á qué atenerse soy yo.

ALICIA ¿Pero por qué se empeña usted en que nos casemos tan pronto?

SER. ¿Cómo que por qué?

ALICIA O mejor dicho, ¿para qué? No dejamos de vernos durante el día. Almorzamos y comemos juntos, vivimos pared por medio... tenga usted la seguridad, de que no estaremos tan unidos, cuando nos hayamos casado...

SER. Sí... pero olvida usted que hace un año estoy pendiente de su resolución y que estoy á dos dedos del ridículo.

ALICIA Un hombre que quiere casarse no está nunca en ridículo.

SER. Tengo mis razones.

ALICIA ¿Qué razones son esas?

SER. Estoy atravesando una crisis gravísima.

ALICIA ¿Usted? Cuénteme usted; ¿crisis sentimen tal?...

SER. Sentimental y... cerebral.

ALICIA ¡Ah! vamos...

SER. Me aburro soberanamente.

ALICIA Muchas gracias...

SER. No me ha entendido usted; no me refiero á este preciso momento. La crisis consiste en que todo cuanto otras veces llegaba á entusiasmarme ahora me es completamente indiferente.

ALICIA Pues no lo había notado.

SER. Tan pronto siento unas ganas horribles de trabajar, como, por el contrario, un desfalle cimiento grande, deseos de dormir, de so ñar...

ALICIA ¿Soñar usted?

SER. Sí, señora, soñar.

ALICIA Pues está usted gravísimo, es necesario que se ponga usted en cura inmediatamente.

SER. Mi curación está en manos de usted. De lo que usted me diga depende que me decida por la vida ordenada del hogar, ó me lance á todo género de peligros y de aventuras.

ALICIA ¡Pues apenas si sería responsabilidad para mí!...

SER. Le juro á usted que la amo. Casémonos. Si se resuelve usted, anunciaremos nuestro próximo enlace, el día del *Grand Prix* en Deaville.

ALICIA ¿Como si se tratase de la boda de un jokey con una ecuyére? Es demasiado pronto.

SER. Sí, tal vez sí; no hablemos ya más de ello.

ALICIA ¿Eh?

SER. No, nada.

ALICIA (Alejándose.) Entonces... adiós...

SER Ahora comprendo lo que me decía Davernay la otra noche.

ALICIA ¿A propósito de qué?

SER. A propósito de usted y de Clenord.

ALICIA ¿Qué decía?

SER. Que está usted enamorada de Clenord.

ALICIA ¡Qué disparate! ¿No comprende usted que si yo estuviese enamorada de Clenord, hace ya tiempo que se hubiese casado conmigo? ¡Qué poco conoce usted á las mujeres!

SER. ¿Son tan hipócritas?

ALICIA No hay tal hipocresía, es torpeza.

SER. ¿Torpeza?

ALICIA Sí, de ustedes. Vaya, voy á serle á usted franca, y voy á decirle por qué no quiero casarme *todavía* con usted; usted es un hombre inteligente; más inteligente de lo que en apariencia resulta. Posee usted una gran fortuna, dirige con raro acierto sus vastos negocios, pero, la verdad, aún no he visto en usted uno de esos rasgos que le coloquen á la altura de los grandes derrochadores; el saber hacerse rico es una virtud; pero el saber gastar sus riquezas, es un arte, un verdadero arte. Gastarse miles de francos en almuerzos y comidas, y hablar á todas horas de millones, son cosas propias de un *rastaquer*. El colmo de la elegancia consiste en publicar nuestro matrimonio, en las carreras de Deauville; eso es sencillamente cursi amigo Serquy. Procure usted refinarse, convertirse en un verdadero *gentleman*, y cuando lo haya conseguido... dése usted una vueltecita por donde yo esté... pero hasta entonces ..

SER. Bien, esperaré y procuraré seguir sus consejos.

ALICIA En cuanto á Clenord—y esto lo digo para alejar de usted la más leve sospecha,—le desahucié hace tiempo, con una de esas frases, que no dejan lugar á dudas, y que producen honda huella en los conquistadores de oficio. En aquella época, si no recuerdo mal, sostenía usted relaciones...

SER. Con una rojilla muy simpática...

ALICIA Eso es, con una rojilla, y ¡claro! no pensaba usted siquiera en declararse á mí... Clenord, además, está ya en el ocaso de su carrera de Don Juan, y únicamente produce algún efecto entre las provincianas—no lo digo por la señora de Briant—¡Dios me libre! Elena es una mujer distinguida y de gran entendimiento... merecía ser parisiense.

SER. El otro día, en el banquete, ¿se fijó usted en la extremada amabilidad de Elena, correspondiendo á las insinuantes atenciones de Clenord?

ALICIA No, señor; no me fijé en ellos, porque tenía que ocuparme de mirar á otra persona.

SER. ¿A mí? (Entra en escena Clenord.)

ALICIA ¡Já, já! ¡Es usted delicioso!... ¡Chist, aquí está nuestro hombre! (Refiriéndose á Clenord.)

ESCENA III

DICHOS y CLENORD; luego LIVERDON y DAVERNAY

CLEN. Señora...

ALICIA De usted hablábamos.

CLEN. ¿Quién tenía la palabra?

ALICIA Yo.

CLEN. Entonces he llegado oportunamente. (Besándole la mano á Alicia.)

ALICIA ¿Tienen ustedes algo que contarse?

CLEN. Absolutamente nada.

ALICIA Lo siento, porque me veo en la triste necesidad de dejarles. Tengo que hacer muchos preparativos para la gira de hoy. Si viniera la señora Briant, ruego á ustedes la acompañen hasta el parque. (En el momento de salir entran Liverdon y Davernay.)

LIV. (Después de saludar.) ¿Saben ustedes la noticia del día? Nuestra común y hermosa amiga la señora Salandra, nos abandona, deja Trouville, París y Europa, y vuelve á la América del Sur.

ALICIA Sí, algo he oído.

DAV. ¿Y saben ustedes á qué es debida esa retirada tan repentina?

ALICIA ¡No!

LIV. (Señalando á Clenord.) A este señcr.

ALICIA ¡Bah!

DAV. A este señor, que no se ha dejado conquistar. (Riendo.) Parece que ayer noche...

CLEN. (Interrumpiéndole.) Ustedes son unas personas muy simpáticas, pero, ¿no podrían ocuparse de otra cosa que no fuera el vigilar é investigar mis menores acciones?

LIV. ¡Imposible! ¿no sabe usted que yo soy su biógrafo.

DAV. ¿Y que yo tengo en proyecto un libro, titulado: Clenord; su vida, sus duelos y sus triunfos galantes?

CLEN. ¿De veras?

DAV. Está usted siendo el *clou* de la temporada, como lo fué usted el verano pasado. Pero, ¿se mantendrá usted en su pedestal? *Ecco il problema.*

LIV. Hace tres semanas que llegó usted á Trouville, y aún no ha tenido un simple desafío.

CLEN. ¿Y eso le contraría á usted?

DAV. Mucho.

CLEN. Trataré de complacerle.

ALICIA Ea, acompáñenme ustedes y sigan dándome detalles.

LIV. Con mucho gusto. (Sale riendo con Davernay y Alicia.)

ESCENA V

CLENORD y SERQUY

CLEN. Me da el corazón que voy á acabar mal con estos imbéciles.

SER. ¡Bah! son bromas...

CLEN. De Alicia las tolero con gusto, pero de ellos...

SER. Como que Alicia le distingue á usted muchísimo.

CLEN. Eso parece, pero no hay tal cosa. Va usted

á tener una mujer muy simpática, amigo Serquy.

SER. Cuando la tenga...

CLEN. ¿Aún no se han arreglado ustedes?

SER. Todavía no; necesito hacer méritos.

CLEN. Vamos; está usted en el principio del fin.

SER. Soy muy poco afortunado con las mujeres...

CLEN. ¿Y quién lo es de veras?

SER. Usted. Si yo confiara en mi suerte, me dedicaría á enamorar...

CLEN. ¿A quién?

SER. A la señora de Briant. Es una mujer encantadora.

CLEN. Lo es.

SER. Más que encantadora.

CLEN. Ideal.

SER. Ideal, esa es la palabra; aunque convengamos en que no se trata de una niña...

CLEN. Por eso no he dicho angelical.

SER. Confiese usted que le gusta mucho.

CLEN. (Riendo.) Hombre...

SER. Confiéselo usted.

CLEN. ¿Es capricho?

SER. Es un favor que le pido á usted.

CLEN. Entonces lo confieso.

SER. (Estrechándole la mano.) Gracias. (Mirando por la terraza.) Y para demostrar á usted mi agradecimiento, le dejo á usted con ella.

CLEN. ¿Viene?

SER. Sí, señor... ofrézcala usted el brazo y... buena suerte... No dirá usted que soy mal amigo. (Sale Serquy por la izquierda y entra Elena casi al mismo tiempo por la derecha.)

ESCENA VI

ELENA y CLENORD

CLEN. La señora Bernac, me ha confiado la agradable misión de acompañar á usted hasta el Parque.

ELENA Muchas gracias. Iré á suplicarla que dispense á mi marido.

CLEN. ¿No ha llegado aún?

ELENA No, señor.

CLEN. Su esposo de usted es esclavo de sus negocios; y usted...

ELENA Yo, naturalmente, soy esclava de mi marido.

CLEN. ¿Fué usted anoche al Casino?

ELENA No, señor, ¿y usted?

CLEN. No puedo faltar. Es una penitencia que me he impuesto hace algunos años.

ELENA ¿Y... le sonrió á usted la fortuna como la noche anterior?

CLEN. Sí, señora, gané también; pero le suplico á usted que no me avergüence, ocupándose de cosas tan nimias.

ELENA Para mí, son muy interesantes.

CLEN. ¿Es usted aficionada?

ELENA ¡Oh, no! nada de eso... ¿y á qué juegan ustedes?

CLEN. Al bacarrá... ¿Conoce usted el bacarrá?

ELENA Ahora soy yo, la que tiene que avergonzarse No, señor, no conozco el bacarrá... No conozco más juego que uno muy popular en el Franco-Condado... y que de seguro, usted, ni siquiera habrá oído nombrar.

CLEN. Difícil me parece. ¿Cómo se llama?

ELENA La Bette Ombré. (Riendo.)

CLEN. ¡Oh! Le Bette Ombré. ¡Ya lo creo que le conozco! ¿Olvida usted que somos paisanos? ¿que yo también nací en el Franco-Condado? La Bette-Ombré era el juego favorito de Carlos IX.

ELENA ¡Ah!

CLEN. La misma noche de San Bartolomé, le estuvo jugando con su hermano Enrique de Navarra. Perdone usted esta cita histórica; no es mía, es de Alejandro Dumas; lo he leído en su novela: *La Reina Margot.* Cuando usted quiera, podemos jugarle.

ELENA Gracias, pero ya comprenderá usted que no he venido á Trouville para eso.

CLEN. ¿Permanecerán ustedes *aquí* mucho tiempo? Un mes, ¿no es verdad? Eso, por lo menos, dijeron ustedes la otra noche.

ELENA Y ese es nuestro plan.

CLEN. ¿Ya sabrá usted que Serquy piensa echar la casa por la ventana en honor de ustedes?

ELENA ¡Oh!

CLEN. Serquy cuando se decide á ello, es terrible.

ELENA Es muy simpático y muy agradable. Se va á casar, ¿no es cierto?

CLEN. Probablemente.

ELENA ¿Con la señora de Bernac?

CLEN. Justo. ¿También encuentra usted simpática á la señora de Bernac?

ELENA También.

CLEN. Usted encuentra simpático á todo el mundo.

ELENA (Riendo.) ¿Qué quiere usted? ¡desde que llegué á Trouville, todo lo encuentro encantador, delicioso, alegre!

CLEN. ¿Tan triste es la vida de provincias?

ELENA Triste, no; enervante, monótona, tranquila. En los pueblos creemos que economizamos la vida, porque no la gastamos. ¡Error crasísimo!... La vida que se gasta, es precisamente, la que se vive; lo demás, es...

CLEN. ¿Vegetar?

ELENA Algo peor; es petrificarse, es convertirse en un ser inanimado, y para eso, no vale la pena de venir al mundo.

CLEN. ¡Bravísimo!

ELENA La vida de estas playas, será insustancial, frívola, poco seria... pero transcurre alegremente llena de ruidos, y emociones, con la ligereza de una visión, que si no deja nada tras de sí... por lo menos recrea.

CLEN. Ya es algo.

ELENA Para mí, mucho, porque yo tenía necesidad de respirar este ambiente saturado de brisas del mar, y de brisas mundanas, de pensar alto... de moverme con libertad.

CLEN. ¿Y cuando llegue la hora de la partida?

ELENA Me volveré á... mi tumba... llena de suave resignacion y de dulce nostalgia... pero entretanto no extrañe usted que goce como una loca, hasta con las diversiones más inocentes... y que encuentre simpático, encantador, delicioso, todo cuanto me rodea.

CLEN Es usted una mujer superior.

ELENA ¡Una maravilla!

CLEN. Si no una maravilla, por lo menos, un ser excepcional. El día que tuve la suerte, de comer á su lado, en casa de Chartier, presentí algo, que estoy confirmando en este instante. Adiviné toda la gracia y toda la hermosura, que atesora en su corazón. Si esta sinceridad mía la juzga usted impertinente...

ELENA De ningún modo. Tengo sumo gusto en hablar con usted.

CLEN. ¿De veras?

ELENA De veras.

CLEN. Entonces, reanudaremos éstos agradables coloquios...

ELENA ¡Ya lo creo! Siempre que se presente la ocasión.

CLEN. Se presentará todos los días. Además, puesto que me presentaron á usted hace cinco ó seis años, ¿quiere usted que nos tratemos como antiguos amigos, y que, por lo tanto, exista entre nosotros alguna familiaridad?

ELENA Antes sepamos á qué me obliga esto.

CLEN. A hablarme y escucharme alguna que otra vez.

ELENA ¿Qué mal hay en ello? Convenido. (Entra Laura por el foro.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, LAURA, y después CHARTIER por la derecha

LAURA ¿No han visto ustedes á mi hermano?

CLEN. Precisamente me hizo él la misma pregunta hace un cuarto de hora en la playa, y me encargó dijera á usted que tiene que hablarla y la ruega que le espere...

LAURA ¿Dónde?

CLEN. Aquí; en casa de la señora de Bernac... Ya está aquí. (Señalando á Chartier, que entra.)

CHAR. (Viendo á Laura.) ¡Ah!

LAURA (A Clenord.) ¿Quiere usted ser tan amable

que diga á la señora de Bernac que mi hermano y yo iremos inmediatamente? (A Elena.) Somos ahora mismo con usted, solo un momento.

CLEN. (Ofreciendo el brazo á Elena.) ¿Me permite usted enseñarla el camino? (Elena se coge del brazo de Clenord y se va, después de mirar sonriendo á Laura.)

ESCENA VIII

CHARTIER y LAURA

LAURA (Mirando ó siguiendo con la mirada á Clenord y Elena.) ¡Hum!...

CHAR. ¿Qué?

LAURA Nada. ¿Me buscabas?

CHAR. Sí.

LAURA Yo también.

CHAR. ¿Qué pasa?

LAURA Dime antes lo que tienes que decirme.

CHAR. Que estoy muy contento.

LAURA ¿Por qué?

CHAR. Porque me parece que he encontrado una gran colocación para mi protegida... la joven de que te hablé ayer.

LAURA ¿La hija de Luciano?

CHAR. ¡Chist!... ¡calla!

LAURA ¿Por qué? ¿no es su hija?

CHAR. Sí... pero no hece falta decírselo á todo el mundo.

LAURA Cierto... acabaría por enterarse el propio padre.

CHAR. Que es lo que hay que evitar á toda costa.

LAURA Perfectamente: ¿conociste á la madre?

CHAR. Mucho.

LAURA ¿Y qué clase de mujer era?

CHAR. Una chica buenísima... la bondad personificada; una de esas mujeres que tanto abundan en París, y que están hoy por hoy sin clasificar... No son modelo de honradez, pero son madres irreprochables. Adoraba á Luciano. No creo, ni creí nunca, que fuera su

primer amante, pero de lo que estoy segurísimo, es de que fué el último...

LAURA ¿Y qué opinión tienes de la hija?

CHAR. ¿De quién? ¿de Luciana? Una opinión inmejorable. Debe haberse educado con demasiada libertad, pero en el fondo hay una delicadeza, una distinción... Estoy seguro de que opinarás lo mismo que yo cuando la conozcas.

LAURA No, si ya la conozco.

CHAR. ¿A quién? ¿á Luciana?

LAURA Sí.

CHAR. ¿Desde cuándo?

LAURA Desde esta mañana, que fuí á verla al hotel.

CHAR. ¿Tú?

LAURA Sí, yo... ¿qué mal hay en ello?

CHAR. Mal ninguno, pero has debido prevenirme. ¡Eres muy curiosa! Bien, ¿y qué te ha parecido?

LAURA Lo que á tí; una muchacha encantadora.

CHAR. ¿Y apruebas lo que he hecho?

LARUA ¿Qué?

CHAR. Pues recomendarla á la señora de Bernac, para que entre sus conocimientos vea si alguna amiga suya necesita una señorita de compañía. Precisamente la señora Salandra está buscando una persona inteligente que la acompañe á América...

LAURA ¿Y era eso lo que estábais tratando antes?

CHAR. Eso era.

LAURA ¿Y te parece justo y natural que esa pobre muchacha recorra el mundo sirviendo casi de criada, sin recursos ni protección de ningún género, mientras que su padre?...

CHAR. (Mirando intranquilo.) ¡Laura, por Dios!

LAURA (Insistiendo.) ¿Mientras su padre goza de una magnífica posición y se pasea tranquilamente, sin sospechar siquiera que tiene una hija á dos dedos de la perdición ó de la miseria?

CHAR. Convengo en que el problema es bastante difícil de resolver, pero puesto que Luciana se conforma... ella misma me ha dicho que

al cabo de tantos años, no quiere entrar violentamente ó á traición en la familia de su padre, y mucho menos dar un escándalo... ¡Es un rasgo que la honra!

LAURA Y que debería avergonzarte.

CHAR. ¿A mí?

LAURA A tí, que eres un solemne egoísta, y encuentras muy natural que el padre no se entere...

CHAR. Se lo he prometido á Luciana, ¿lo oyes? La he prometido no rebelar á nadie, absolutamente á nadie...

LAURA ¡Vaya una razón! Por ese sistema, ¿si alguno quiere suicidarse y se confía á mí, encargándome el secreto, yo debo callarme y debo permitir que llegue la catástrofe?

CHAR. No es la misma cosa.

LAURA Es igual. Desde el momento en que esa niña ha venido á confiarse á tí, no puedes dejarla abandonada, no puedes perderla, porque si la abandonas contribuyes á su perdición, tenlo por seguro. ¿Sabes lo que deberíamos hacer? Pues buscar á Luciano, y sin preocuparnos de las consecuencias, decirle claramente lo que ocurre... y como Luciano en el fondo es bueno, como lo eres tú... también en el fondo, quizá encontraría una solución mejor que la de abandonar á su hija. Eso es lo que manda la lógica y la caridad cristiana... Eso es lo que se debería hacer... y eso es lo que he hecho.

CHAR. (Sobresaltado.) ¿Eh?... ¿Tú?... ¿qué dices?

LAURA Lo que has oído.

CHAR. ¿Has visto á Luciano?

LAURA Sí

CHAR. ¿Y le has contado?...

LAURA Todo.

CHAR. Pero... ¿cuándo? ¿cuándo?

LAURA Hace un rato... después de almorzar... cuando tú te viniste aquí.

CHAR. ¡Qué locura, Señor, qué locura! ¿El pobre se quedaría al oirte?...

LAURA ¡Aterrado! ¡anonadado!

CHAR. ¡Oh, oh!

LAURA Se puso pálido.. casi lívido... de pronto echó á correr en busca de su padre. ¡Qué escena se habrá desarrollado entre los dos!... Después vino á preguntarme dónde estabas... llegará aquí de un instante á otro.

CHAR. ¡Qué horror! ¿Y tú por lo visto estás muy orgullosa de tan noble hazaña?

LAURA ¡Vaya si lo estoy! Como que de todo esto puede resultar la salvación de esa pobre criatura.

CHAR. Y la desesperación de Luciano.

LAURA ¡No sé por qué! Además, él se lo ha buscado; la chica no le pidió venir al mundo. ¿No hay más que divertirse impunemente en la juventud?

CHAR. ¿Pero á tí quién te manda?...

LAURA ¿Meterme en lo que no me importa? Si no nos mezclásemos sino en aquello que personalmente nos atañe, seríamos todos unos egoístas, y jamás nos ocuparíamos de los males del prójimo. ¡Adiós obras de misericordia! Cuando llevamos pan y abrigo á los pobres vergonzantes, que no se atreven á solicitarlo, empezamos por entrar donde no nos llaman... Por último, cuando tú te quejas del reuma, bien te gusta que yo te cuide, ¿no es verdad? Pues aplícate el cuento.

CHAR. ¡Bah! ¡bah! Es inútil discutir en serio con las mujeres.

LAURA Sí; realmente es muy difícil.

CHAR. Bien; puesto que el mal está ya hecho, procuremos remediarlo en lo posible. Dame palabra de honor... si es que le concedes alguna importancia á la palabra de honor...

LAURA Ninguna; la palabra de honor es una mera fórmula.

CHAR. Pues entonces, prométeme, júrame...

LAURA ¿El qué?

CHAR. Júrame que no dirás nada absolutamente.

LAURA No juro tal cosa.

CHAR. ¿Entonces, qué proyecto tienes?

LAURA Mis proyectos dependerán de la conducta de Luciano. Ahora no me comprometo á nada.

CHAR. Nosotros no debemos ya mezclarnos en este asunto. Es cosa de Luciano y de su padre.

LAURA Bien, bien.

CHAR. No debemos influir...

LAURA Corriente.

CHAR. Luciano es el único que tiene derecho...

LAURA ¡Ya!

CHAR. Y estoy seguro que resolverá con arreglo á conciencia.

LAURA Lo dudo.

CHAR. Es un caballero.

LAURA Ya se verá.

CHAR. ¿Pero qué pretendes? ¿Que Luciano cargue con la chica por la sola razón?...

LAURA De ser su padre.

CHAR. ¿Eso es lo que pretendes? ¿Ese es tu proyecto?

LAURA ¿Tan monstruoso te parece?

CHAR. (Cogiendo las manos á Laura.) Mi querida Laura, tú eres tan buena como bondadosa, y no te falta inteligencia, pero te falta en cambio algo muy esencial en la vida; la noción exacta de la realidad. Las cosas no son como deben ser, sino como son. Si todo el mundo pensase como tú, gozaríamos de una paz octaviana... pero hay problemas insolubles, como hay soluciones radicales y relativas; estas últimas no satisfacen ni al corazón ni á la cabeza—convenido,—pero es fuerza acatarlas, á no ser que nos vayamos á vivir á ese mundo ideal en que tú vives. Créeme; Luciano no necesita de nuestras excitaciones para cumplir con su deber; es un hombre...

LAURA Como tú. Sois irresolutos y egoistas; hacéis el bien á medias.

CHAR. El bien no se hace nunca sino á medias, y ya es bastante... (Luciano.) (Viéndole entrar.)

ESCENA IX

LOS MISMOS y LUCIANO

LUC. (Yendo al encuentro de Chartier y estrechándole las manos.) ¡Jaime!

LAURA Les dejo á ustedes.

LUC. No, quédese usted, se lo ruego... No les censuro su noble acción; han hecho ustedes bien, y les estoy agradecido, (A Chartier) pero comprende que es una fatalidad.

CHAR. Sí; pero no nos ofusquemos, porque al fin y al cabo no se trata de una gran desgracia.

LUC. Para mí, sí, y más aún para mi conciencia. ¿Cómo no ha de serlo al saber que aquí, en en tu casa, entre toda esta gente que solo piensa en divertirse, se halla la prueba viviente y palpable de una triste aventura de mi vida? ¿Es aquella joven que apenas tuve tiempo de?...

CHAR. Sí.

LUC. ¿Qué te decía, aún no hace una hora, cuando hablábamos de nuestra juventad? A mi no me suceden las cosas, como á la demás gente. Cometida una falta, más tarde ó más temprano, espío mi culpa. Otros en cambio. . ¿quién no ha cometido alguna de estas faltas en su vida? Dí á la madre lo suficiente para la educación de la hija. Y no me casé, porque ya sabes que no podía casarme con Loló. Nos unimos como se unen las personas á nuestra edad, porque... sí... y con la despreocupación del mañana. ¿Crees que cuando dió á luz no me preocupé de los resultados de mi falta? ¿Pero qué iba á hacer? ¿Qué hubieras hecho tú?

CHAR. ¿Yo? No sé qué contestarte... Cumplir con la obligación es mucho más difícil de lo que parece...

LUC. Sí, ya sé lo que debería haber hecho. Renunciar á casarme, renunciar á crearme una nueva familia por los medios legítimos y

honrados y sin unirme á la madre, reconocer á la hija, tenerla á mi lado y educarla. Sí, eso debí hacer, así debí reparar mi falta... pero los intereses, la vida, las pasiones, ejerciendo su brutal presión sobre mí, adormecieron mis remordimientos y mis preocupaciones. Me uní á otra mujer, llegué á creer que el pasado no volvería... pero la fatalidad lo atraviesa otra vez en mi camino; el conflicto resurge... y no sé.. no sé... en fin, tienes razón; no nos ofusquemos, procuremos resolver con calma. No hay que ocuparse del pasado sino del presente. Oye lo que hemos decidido mi padre y yo, porque como supondrás, me he apresurado á revelarle...

CHAR. ¿Qué habéis decidido?

LUC. ¿Esa niña sigue en Trouville?

CHAR. Sí.

LUC. Pues vé á verla, y la dices que no se preocupe en buscar medios para vivir... yo me encargo de ello.

CHAR. Muy bien.

LUC. Pero á condición de que regrese en seguida á ese pueblo, cerca de Limoges. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Epenilles.. Donde ha vivido hasta ahora, y donde seguirá viviendo de hoy en adelante. Yo la enviaré todos los meses una cantidad, y la garantizo que si yo muriera, la dejaría una pensión; lo suficiente para...

CHAR. (Dándole cariñosos golpes en la espalda.) ¡Muy bien... muy bien! ¡Te felicito!

LUC. ¿Y usted, señora, aprueba mi determinación?

LAURA Sí... sí...

LUC. Gracias. Ahora les suplico que procuren que Elena nada sepa. Eso es lo que más me preocupa.

LAURA ¿Por qué? Elena posee un gran corazón, y estoy segura de que no reprobaría...

LUC. Quizá... pero no es eso lo que me asusta, sino el perder su confianza. Si llegara á descubrir que la he guardado durante tanto

tiempo un secreto como este.. ¿quién sabe si me lo perdonaría?... No, no; le ruego á usted .que no sepa nada... ¿me lo promete usted?

LAURA ¡Si tiene usted mucho interés!...

LUC. Se lo suplico.

LAURA Entonces, lo prometo.

LUC. Deme usted su palabra de honor...

LAURA ¡Oh! ¡Por Dios!

CHAR. (A Laura, que duda todavía.) ¡Dásela, mujer!

LAURA ¡La doy!

LUC. ¡Gracias, amiga mía, gracias! (A Chartier.) ¡Ay, querido Jaime! ¡No puedes figurarte lo que sufro! Si algún día llego á tener un hijo, le enseñaré á que se mire en mi espejo!... (Aparece Briant.)

ESCENA X

LOS MISMOS, BRIANT

BRIANT Me figuro de lo que están ustedes hablando.

LUC. Sí, padre, sí; pero gracias á Chartier se ha conjurado el conflicto... Jaime se encargará de todo, ¿verdad?

CHAR. De todo...

LUC. (Con alegría.) Y se ha terminado.

BRIANT (Sonriendo sarcásticamente.) ¡Ojalá!

LUC. (Inquieto.) ¡Cómo! ¿Qué?... ¿Usted teme?...

BRIANT No temo nada, hijo. Tú dices: «Se ha terminado», y yo digo: «¡Ojalá!»

LUC. ¿Pero usted cree... que podemos tener algún contratiempo?

BRIANT Yo no sé nada; puede no presentarse ninguna dificultad, y por el contrario, pueden presentarse muchas y graves...

LUC. ¡Oh!

BRIANT ¿Quién puede afirmar nada con las ideas y costumbres de hoy en día?

LUC. (A Chartier.) ¿Teme usted al escándalo?

BRIANT ¡Bah! ¡Pobre niña!

LUC. Sin embargo...

CHAR. ¡No la conoces!

LAURA ¡Si la viera usted, señor Briant, se convencería!...

BRIANT No lo dudo...

LAURA Aquí mismo ha manifestado deseos de que ni usted ni su hijo supieran que había venido.

LUC. (Más tranquilo.) ¡Ah!

BRIANT Celebro que sea así, y me explico la simpatía que por lo visto siente usted por ella.

LAURA Muy grande, lo confieso.

BRIANT Y muy lógico, dadas las corrientes modernas. Hoy basta que un hijo sea natural para que resulte simpático á todo el mundo; como es más que suficiente que una mujer no sea esposa legítima para que se vea respetada y considerada por todos... ¡Efectos del progresso!

LAURA De manera que usted no es partidario de que desaparezcan ciertos prejuicios.

BRIANT Cuando desaparece un prejuicio, muere una virtud. Lo que no deja de ser extraño. es que ustedes, personas sensatas y honradísimas, piensen como piensan. ¡Y quién sabe, si andando el tiempo!.. en fin, afortunadamente, yo no lo veré.

LAURA Yo, señor Briant, no pienso; siento, siento; no juzgo con la cabeza, sino con el corazón... y procuro no acibarar la existencia de nadie. No sé por dónde van las corrientes modernas, ni lo que pasará con el tiempo, pero hay que ser indulgentes con las faltas de los demás, para que ellos, á su vez, lo sean con las nuestras.

BRIANT ¿Y usted, Chartier?

CHAR. ¿Yo?... pues yo...

LAURA A mi hermano, le es todo indiferente, es un hombre que no haría ni bien ni mal á un mosquito... ya ve usted que aquí están representadas todas las opiniones... y ahora, vamos á oir la música.

SER. (Desde el foro.) Señores...

LAURA (Continuando.) Porque ya sabrán ustedes que en el *yacht*, habrá una orquesta.

ESCENA XI

LOS MISMOS, SERQUY y ELENA. Después, ALICIA y CLENORD. Luego DAVERNAY y LIVERDON, casi al mismo tiempo

SER. (Entrando y estrechando las manos.) En marcha. Le agradezco á usted mucho, señor Briant, que haya aceptado mi invitación.

BRIANT Yo soy quien debe agradecer...

SER. Crea usted que todo me parece poco para demostrar la simpatía que por usted siento.

BRIANT No merezco tanto, querido Serquy, no merezco tanto.

ELENA (A Luciano.) ¿Qué te pasa? Tienes la cara *feroce* de tus peores días.

LUC. (Con viveza.) Nada... nada... ¡al contrario! estoy muy contento porque veo que te diviertes... diviértete... y no te ocupes de mí.

SER. (A Briant.) ¿Ha pensado usted, detenidamente, en mi proyecto?

BRIANT Desde el primer instante me he hecho cargo.

SER. ¿Y persiste usted en su negativa? Hace usted mal... porque al fin y á la postre, tendrá que rendirse á la evidencia, y entonces, quizá sea tarde... créame usted, señor Briant, las industrias pequeñas tienen que buscar, necesariamente el apoyo de las grandes... es una ley fatal.

BRIANT A eso, creo que lo llaman ustedes, hoy en día, un *trust*, ¿no es cierto?

SER. El nombre es lo de menos.

BRIANT Ya hablará usted de ello á mi hijo, cuando yo haya muerto.

SER. ¿Quién piensa en morirse? Usted vivirá más que yo.

BRIANT (Después de haberle observado.) No tendría nada de particular.

SER. ¿Vamos, Alicia?

ALICIA Cuando ustedes gusten.

SER. (Dirigiéndose á Alicia.) Las señoras delante... pero sin darse el brazo, para que no parezcamos una boda cursi. (Salen Elena, Laura, Lu-

ciano y Chartier. A Daveruay y Liverdon que entran.) Sígannos ustedes.

LIV. ¿Eh? ¿te vas enterando? Clenord y la provincianita, están en pleno *fleit*.

DAV. ¡Qué benévolo eres! Ya ha pasado de la categoría de *fleit*.

LIV. ¡Já, já!

CLEN. (Volviendo á salir porque les ha oído.) Voy, voy en seguida.

LIV. Mi enhorabuena, amigo Clenord.

DAV. Ya tengo una anécdota más para mi libro.

CLEN. (Sonriendo.) ¿Sí? ¿Quieren ustedes otra?

DAV. ¿De mujeres?

CLEN. De duelos... ¡dos!

DAV. ¿Dos, nada menos?... ¡Bravo!... ¿el mismo día?

CLEN. El mismo día.

DAV. ¡Admirable, sublime!... el *clou* de este año... únicamente el duque de Persy llegó á tanto, y de eso hace mucho tiempo. ¿Y quiénes son los adversarios? si no es indiscreta la pregunta.

CLEN. Ustedes...

LIV. ¿Cómo?

CLEN. Ustedes dos.

LIV. ¿Habla usted en serio, señor Clenord?

CLEN. Mis padrinos son Serquy y Chartier, espero los de ustedes.

DAV. Estamos á sus órdenes.

CLEN. Bien. Con su permiso. (Sale.)

LIV. Quiere lucirse con nosotros, pero no hay más remedio. (Liverdon haciendo mil finezas á Clenord.)

DAV. Esto sí que no estaba en mi programa. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La villa de Chartier. Un salón en las habitaciones de Laura, muy claro y muy alegre

ESCENA PRIMERA

LUCIANO, después el señor BRIANT, luego la DONCELLA. Luciano leyendo un periódico entra en seguida de levantarse el telón

BRIANT ¿Has visto á Chartier esta mañana?

LUC. No; salió muy temprano.

BRIANT Lo que quiere decir que el asunto de esa niña está ya resuelto, ¿no es verdad?

LUC. Así lo espero; abriremos un crédito á Chartier, que tiene la bondad de ocuparse de todo.

BRIANT Perfectamente; ¿puedes decirme hasta cuándo vamos á estar aquí? ¿no te aburres entre estos polichinelas? ¿no te cansa esta vida de merendar en los barcos, comer á poco de merendar y cenar á las tres horas de haber comido? ¿no te molesta el ver que con toda clase de precauciones—es verdad, y eso es lo peligroso—tu esposa se ve constantemente asediada por todos estos Don Juanes de oficio? ¡Dios me libre de acusarla! pero en fin, quien quita la ocasión...

LUC. Dice usted bien, y yo soy el primero en

sentir haber venido; crea usted que me pesa de veras.

BRIANT. — Ya te lo dije, y puesto que eso ya no tiene remedio, vayámonos, y cuanto antes... He recibido esta mañana noticias poco tranquilizadoras...

LUC. — ¿De la fábrica?

BRIANT. — Sí... rumores de huelga... reclamaciones... descontentos... es necesaria mi presencia... Si tú no quieres acompañarme, me iré solo.

LUC. — ¡Iremos los dos! ¡No nos faltaba más! ¡Una huelga!

BRIANT. — ¿Pues qué creías?... no te hagas ilusiones.

LUC. — ¡Qué vida!... ¡qué porvenir!

BRIANT. — Sí que es envidiable...

LUC. — El caso es que había prometido á Elena estar aquí un mes, y no sé cómo anunciarla...

BRIANT. — ¿Quieres que se lo diga yo? ¿no ha salido aún de su cuarto?

LUC. — Aguarde usted. Esperemos una ocasión favorable.

BRIANT. — Mira, Luciano; si es posible, procura tener un poco más de autoridad sobre tu mujer. Es un consejo que te doy y que debes agradecerme.

LUC. — No tengo valor para dar á Elena el más pequeño disgusto. Usted y ella lo son todo para mí.

BRIANT. — ¡Ah! No digo yo que tu mujer no merezca ese cariño; es un ángel, lo que no impide el que me tenga cierta aversión.

LUC. — No hay tal aversión. Elena le respeta á usted y siente por usted una profunda simpatía.

BRIANT. — Respetarme, sí; pero quererme... Por lo menos, no me lo ha demostrado aún.

LUC. — Pues no lo dude usted.

BRIANT. — Por complacerte... no lo dudaré. (*Entra la Doncella y el señor Briant se dirige á ella preguntándola.*) ¿Sabe usted si tardará mucho el señor en venir?

DONC. — Nada dijo al marcharse.

LUC. — Si puedo volveré antes de almorzar. Hága-

me usted el obsequio de decírselo así al señor.

DONC. Está bien. (Se van Luciano y el señor Briant.)

ESCENA II

La DONCELLA, luego LAURA y después CHARTIER y SERQUY, que entran por el foro. Luego ALICIA

LAURA (Entrando.) ¿Todavía no ha venido nadie? Empiezo á estar intranquila.

DONC. Sí, aquí viene el señor.

LAURA ¿Mi hermano?

DONC. Con el señor Serquy.

LAURA ¡Ah! (Hace un signo á la Doncella para que se vaya y se dirige hacia la puerta del foro, por la que entran Chartier y Serquy.)

CHAR. (A Serquy, que le sigue.) Cuatro palabras para que consten en el acta, y nada más. Clenord quiere que sea muy concisa.

LAURA ¿Qué ha ocurrido?

CHAR. Que se han batido en el bosque y...

LAURA (Impaciente.) ¿Y qué?

ALICIA (Entrando muy impaciente.) ¿Qué ha pasado?

CHAR. Nada; el primer duelo fué á pistola, sin consecuencias desagradables, y el segundo á espada, quedando Davernay fuera de combate al primer asalto; un ligero rasguño en el hombro. Luego se reconciliaron todos sobre el terreno, y como si tal cosa.

SER. Y esta misma tarde festejaremos la reconciliación de los contrincantes. (Se dirige con Chartier á una mesita pequeña que hay en el foro y éste escribe.)

LAURA ¡Qué atrocidad! ¡¡dos duelos seguidos!! A mí que ya no me hable Clenord. Por lo que se ve es un espadachín de oficio. ¿Y todo por qué?

ALICIA Eso es, ¿por qué? ¿Qué los ha motivado?

SER. Cuestiones de juego, ya se lo dije á usted esta mañana.

ALICIA No lo creo.

SER. ¡Si lo ví yo! Fuí testigo de la escena. Hay que advertir que Clenord acababa de jugar con pésima fortuna... y estaba muy nervioso; Liverdon y Davernay, querían presentar á no sé quién en el Círculo. A un sujeto, al parecer impresentable. Clenord se opuso con malos modos... la disputa se agrió y... ya saben ustedes lo demás.

ALICIA No está mal urdido el embuste... pero es el caso, que á mí me ha contado el mismo Clenord la verdadera causa del desafío... El origen es una broma pesada de esos dos caballeros, acerca de una señora que todos conocemos y que no hace mucho que llegó á Trouville...

SER. ¡Por Dios, Alicia!

ALICIA Broma que no hizo mucha gracia á Clenord, precisamente porque tiene algún fundamento, puesto que hace días asedia la plaza. Ahora bien; ¿se rendirá la fortaleza en vista del feliz resultado del duelo? *Ecco il problema.*

LAURA ¡Jesús qué chismes y qué enredos!... ¿de quién no se dirá algo en Trouville?

ALICIA De usted.

LAURA Gracias. Aseguro á usted que la persona de quien hablamos...

ALICIA Elena Briant... digamos el nombre para que no pierda otra.

LAURA Bien; aseguro que la señora Briant es una mujer honrada, incapaz de dar que hablar á nadie.

SER. Esa es mi opinión.

CHAR. Y también la mía.

ALICIA Y yo voy más lejos que ustedes... yo no creo ni he creído nunca en los triunfos galantes de Clenord.

SER. ¡Oh, en cuanto á eso!...

ALICIA Clenord es un hombre peligroso, no por sus prendas personales, sino por la fama usurpada de que goza.

SER. ¿Usurpada?

ALICIA ¡Y tanto!... El, naturalmente se deja querer, y procura sacar el mayor partido posi-

ble de esa aureola, que la maledicencia se ha encargado de formarle.

SER. ¿La maledicencia?

ALICIA Y ustedes los primeros; porque es curioso el caso, mi querida Laura... Cuando se trata de un don Juan de esa especie, los hombres, que deberían ser sus rivales, le envidian, sí, pero son los primeros en defenderle, en ensalzarle, en presentarle como el ángel de la seducción... y en virtud de no se qué rara solidaridad, consideran como una ofensa inferida á todo el sexo masculino, el que haya una mujer, que tenga la osadía, según ustedes... la virtud, según yo... de resistir siquiera las miradas de ese terrible paladín... Sin ir más lejos, aquí tienen ustedes á mi primo Serquy, que está convencido de que me hallo perdidamente enamorada de Clenord y de que no soy su... *eso*, por despecho.

LAURA ¡Señor Serquy!

ALICIA Y voy á tener que casarme con él, para probarle lo contrario.

SER. (Besando á Alicia la mano.) ¡Querida prima!

LAURA ¡Enhorabuena, Serquy!

ALICIA Y hasta me propongo arrancarle de la vida desordenada que lleva y hacer de él un hombre de provecho... un grande hombre.

SER. Conformes.

LAURA (Aparte á Chartier.) ¿Cuando piensas ver á Luciana?

CHAR. ¡Ay, es verdad!...

LAURA ¿No habías quedado ayer con ella, en que hoy arreglarías su asunto?

CHAR. Iré, después de almorzar.

LAURA Es inútil, porque ya la he mandado yo venir. (Señalando la izquierda.) Me aguarda... ¿quieres verla?

CHAR. Con mucho... (Á Serquy que está hablando con Alicia.) Vayan delante... les sigo,.. (Enseñando el proceso verbal.) ¿Y el acta, amigo Serquy?

SER. Ya la firmaremos. (A Laura.) Señora, volveré esta tarde á decir á ustedes dónde comeremos... tengo aún que pensarlo... hay que

festejar el día de hoy... quiero que la comida sea...

ALICIA Tumultuosa.

SER. Hay otra palabra mejor... más gráfica...

ALICIA ¡Metalúrgica! (Se van Alicia y Serquy.)

ESCENA III

CHARTIER, LAURA, después LUCIANA

LAURA (Dirigiéndose á la primera caja izquierda.) Pase usted, señorita.

LUCIANA Acabo de recibir su carta y... buenos días, señor Chartier.

CHAR. (Estrechándola la mano.) Buenos días... Mi hermana va á dar usted una noticia... una noticia sumamente agradable para usted... y para todos nosotros... (Se va.)

ESCENA IV

LAURA y LUCIANA

LAURA (A Luciana que está asombrada.) Así es en efecto; por una serie de circunstancias que sería largo, inútil y enojoso contar á usted... á pesar de su deseo de conservar el incógnito, su señor padre se ha enterado de que está usted en Trouville... (Viendo el mal efecto que causa esto en Luciana.) pero no se alarme usted .. todo se ha resuelto satisfactoriamente; el señor Briant, corre... se encarga...

LUCIANA ¿De mi porvenir?

LAURA Con una sola condición: que vuelva usted al pueblo en donde ha vivido hasta ahora...

LUCIANA ¿A Epenille?

LAURA A Epenille.

LUCIANA (Pausa.) ¿Y está usted encargada de llevarle mi respuesta definitiva?

LAURA Sí.

LUCIANA ¿No ha manifestado deseos de verme?

LAURA (Después de dudar un momento.) No.

LUCIANA Entonces suplico á usted le diga que agradezco mucho lo que pretende hacer por mí, pero... que no lo acepto.

LAURA ¡Ah!

LUCIANA Y que viva tranquilo, porque no pienso importunarle, ni reclamarle nada.

LAURA ¿Rechaza usted?...

LUCIANA Sí, señora; desde el instante que sabiendo que estoy aquí, no ha pretendido verme ni hablarme, es que considera que nada de común existe entre los dos; que no nos une lazo alguno; y siendo así, yo no puedo aceptar la limosna de un desconocido. ¿No le parece á usted que tengo razón?

LAURA Sí; tiene usted razón, hija mía; pero hay cierto dejo de orgullo en sus palabras...

LUCIANA Que se aviene mal con mi pobreza, ya lo sé... pero sin eso que usted llama orgullo, ¿qué sería de mí?

LAURA Es verdad...

LUCIANA De todos modos, agradezco á usted en el alma, el interés que por mí se ha tomado.

LAURA ¿Y qué piensa usted hacer?

LUCIANA No lo se aún. Su señor hermano, parece que tiene una colocación para mí.

LAURA En efecto, de lectora ó señorita de compañía de una dama extranjera.

LUCIANA ¿La conoce usted?

LAURA Sí; es una brasileña; la señora Salandra, que dentro de unos días piensa volverse á su país. ¿Le agrada á usted el cargo?

LUCIANA Francamente, no era ese mi sueño; yo hubiera deseado ser maestra de niñas. Empecé mis estudios en vida de mi madre, pero nos faltaron recursos... y no pude continuar.

LAURA Entonces... ¿qué otra profesión?...

LUCIANA Una de mis compañeras, está empleada en una imprenta; otra lleva los libros de una casa de banca; si yo pudiera obtener una plaza así...

LAURA Por el momento no es cosa muy fácil.

LUCIANA Sí, ya lo comprendo; hay que aceptar lo que salga, porque no estoy en situación de es-

coger. Si usted es tan amable que me recomienda, y esa señora americana acepta mis servicios, me iré con ella. América está lejos, pero se ¡vuelve!

LAURA Veo que no le falta á usted valor.

LUCIANA Si no le tengo al empezar la lucha...

LAURA ¿No sería preferible que le buscásemos á usted una colocación más en armonía con sus gustos y aficiones? Es cuestión de paciencia, de aguardar algún tiempo.

LUCIANA Gracias, pero no puedo esperar. Debo marcharme cuanto antes de Trouville... por muchas razones... ¿Verá usted pronto á esa señora?

LAURA Hoy mismo; dijo que vendría hoy por la mañana; de modo que vuelva usted dentro de media hora y la presentaré á usted... á no ser que durante esa media hora haya encontrado algo que me satisfaga más para usted... ¿Tiene usted confianza en mí?

LUCIANA Completa.

LAURA Pues entonces... hasta muy pronto, hija mía.

LUCIANA Adiós, señora. (Vase.)

ESCENA V

LAURA, CHARTIER; después ELENA

CHAR. ¿Os habéis arreglado?

LAURA (Irónicamente.) Mejor de lo que te figuras.

CHAR. Lo celebro.

LAURA No admite la pensión.

CHAR. ¿Eh?

LAURA Prefiere ganarse ella sola la vida. ¿Qué quieres? Cada uno tiene sus ideas y sus aspiraciones; por lo tanto, la mandaremos al Brasil, y no tendremos que ocuparnos más de ella; siempre es una ventaja.

CHAR. Pero, ¿por qué se niega esa criatura?...

LAURA Porque tiene eso que algunas personas, aunque pobres, conservan todavía... ¡dignidad!

CHAR. ¡Dignidad!... tratándose de un padre...

LAURA Cierto; si su padre se hubiese tomado el trabajo de reconocerla. Así me lo ha dicho claramente, con una lógica aplastante, abrumadora... Conque anda, vete, vete á dar la noticia á tus amigos.

CHAR. Siento de veras esta complicación.

LAURA Hijo, ¡cosas de la vida!, como tú dices.

ELENA (Entrando.) Mi marido le buscaba á usted, señor Chartier.

CHAR. Precisamente tengo que hablarle. (Vase dando muestras de contrariedad.)

ESCENA VI

ELENA y LAURA

ELENA (Nerviosamente.) Ya sabrá usted lo que ha decidido mi suegro hace un instante. Marcharnos mañana.

LAURA ¡Cómo! ¿Se van ustedes?

ELENA Sí, señora, nos vamos de Trouville á encerrarnos de nuevo en Besançon... Así lo han dispuesto el padre y el hijo, sin decirme una palabra. Mi suegro me lo ha comunicado con el tono solemne é irónico de siempre. Tiene el prurito de contrariarme y privarme de cuanto sabe que me agrada, restringiendo de continuo mi libertad. Pero aun no nos hemos ido. Yo procuraré hablar á solas con Luciano... porque presiento que algo se me oculta.

LAURA ¿Dice usted que mañana?

ELENA Sí; eso quieren... ¡pero no, no y no!

LAURA (Sonriendo.) ¡Hola, hola! ¿Se insubordina usted?

ELENA Sí, señora, sí... mi insubordino... ¡pues hombre!...

LAURA Ya volverán ustedes el año que viene.

ELENA ¿El año que viene?... ¡Quién sabe dónde estaremos el año que viene!

LAURA (Aproximándose á ella.) Vamos, cuénteme usted lo que le ocurre; la veo á usted excesiva-

mente nerviosa, y probablemente... sin motivo.

ELENA (Queriendo disimular.) ¡Sin motivo! Tiene usted razón.

LAURA Hace muy poco que nos conocemos, y sin embargo, y á pesar de la diferencia de edad, desde nuestra primera conversación, puede decirse que somos íntimas amigas. Existe entre nosotras cierta afinidad de ideas y opiniones; cierto modo de ver y juzgar las cosas, casi idéntico. ¿Me equivoco?

ELENA No. Cualquiera creería que nos conocemos y nos tratamos desde la niñez; por eso mismo tengo absoluta confianza en su amistad.

LAURA (Sonriendo.) ¿Me permite usted que abuse de ella?

ELENA Se lo ruego.

LAURA Pues bien, sin rodeos de ninguna clase: márchese usted cuanto antes de Trouville.

ELENA ¿Por qué?

LAURA Porque es el mejor partido que puede usted tomar.

ELENA ¿Pues?...

LAURA ¿No se le alcanza á usted que desde hace cuatro ó cinco días está usted comprometida, aunque no seriamente?

ELENA ¿Yo?

LAURA Sin tener la más pequeña culpa, lo sé; pero... ¿ignora usted, querida Elena, que estamos en Trouville, donde en quince días se chismorrea más que todo el año en París, y que esos dos duelos de Clenord han venido á avivar el fuego de la maledicencia?

ELENA (Asombrada.) ¿Los duelos de Clenord? ¿Qué duelos son esos?

LAURA (Mirándola con fijeza.) ¡Ah! ¿Usted no sabía?...

ELENA (Turbada.) Nada, se lo juro... ¿El señor Clenord?...

LAURA Ha tenido esta mañana, no un duelo, sino dos; uno á espada y otro á pistola. Mi hermano me ha hecho observar que desde los tiempos del segundo Imperio no se había registrado caso semejante.

ELENA ¿Y quiénes eran los contrarios de Clenord?

LAURA Los inseparables Davernay y Liverdon. Nuestro héroe, como siempre, ha salido vencedor en la lucha. Lleva ya diecinueve duelos. Hasta el día, que se sepa, no ha matado á nadie, si bien no desconfía de alcanzar ese honor. Por lo menos así lo espera todo el mundo: pero en fin, lo esencial es que su nombre de usted, querida Elena, ha sonado estos días más de lo debido, puesto que según se murmura, Clenord ha ido al terreno por dejar á salvo la honra de usted.

ELENA ¿Mi honra?... ¿Y por qué? ¿En qué se fundan?

LAURA Alusiones... frases... equívocas... Clenord es un hombre muy peligroso, y basta que se fije en una mujer para que el nombre de ésta ande ya en lenguas de la gente. Hay que convenir en que hace unos días la distingue á usted con demasiada insistencia... y esta situación es fuerza que termine... á menos que...

ELENA ¿A menos que...

LAURA A menos que esté usted enamorada de Clenord, en cuyo caso, lo único que me resta hacer es retirarme prudentemente por el foro, y pedir á usted mil perdones, por haberme metido en lo que no me importa, como diría mi hermano, con mucha razón. (Pausa. Elena calla.) Conque sepamos, ¿está usted ó no está usted enamorada?

ELENA ¡Dos duelos! ¡y por mí!... ¡qué horror! Le juro á usted que ni siquiera había sospechado... Enamorada... no lo estoy todavía... pero no sé, no sé si llegaré á estarlo. ¿No me pide usted que le hable con franqueza? Desde hace unos días siento que poco á poco voy perdiendo mi tranquilidad. Comprendo que debo huir de ese hombre, y, sin embargo, no le rechazo cuando se me acerca, y hasta le escucho con fruición... ¡Ya sé que esto es el principio del fin, que estoy en la pendiente, y que si algo ó alguien no viene en mi auxilio, quizá no tenga fuerzas para sostenerme! ¿Qué hacer?... ¡Partir!...

¡sí!... ese sería el mejor remedio... pero hundirme otra vez en aquella vida de sopor, ¡sombría! ¡monótona! ¡estéril!... ¡No! ¡Sólo el pensarlo me horroriza! ¡Y si me quedo... la caída próxima, inevitable!... ¡la caída sin amor!... ¡sin pasión; sin nada! ¡sin disculpa siquiera! Es decir, ¡sin disculpa, no! Un marido débil, apocado, pesimista, lleno de preocupaciones, esclavo de los negocios... sin vehemencias, sin voluntad, sin energías, sin tener siquiera el valor de reir, sin haber sabido procurarme ni aun la ilusión de mi felicidad... Y después mi suegro, mi *entrañable* suegro, aprovechándose de la debilidad del hijo, para imponernos á los dos su odiosa tiranía. ¡No soy el ama de mi casa, ni la esposa de Luciano; soy la sierva del señor Briant! ¡Me veo tan sola, tan abandonada!... ¡hasta el cielo no ha querido otorgarme la suprema dicha de la maternidad! ¡Los hijos! ¡Oh!... ¡Ellos disiparían todas mis negruras, serían mi alegría, mi fuerza! ¡Con un hijo me consideraría inespugnable y resistiría con la frente muy alta cuantos ataques á mi honradez pudieran dirigírseme! ¡Los Clenord me inspirarían el más profundo desprecio!... ¡Un hijo!... ¡esa era mi esperanza, mi único sueño al casarme! ¡Pero nada! ¡nada! ¡Dios no lo ha querido!... ¡Créame usted; hay momentos en que recogería al azar cualquier criatura abandonada, para buscar en ella mi salvación, y estrecharle contra mi seno, como si realmente fuese yo su madre!

LAURA — (Pausa corta.) ¿Y qué diría usted si yo colocase entre sus brazos una de esas criaturas á que usted se refiere?

ELENA — ¡Ay, mi querida amiga, ya es tarde!

LAURA — No se hable pues de ello. (Pausa.)

ELENA — ¿Se trata de una criatura abandonada?

LAURA — Sí.

ELENA — ¿Sin padre ni madre?

LAURA — Sobre todo sin madre.

ELENA — ¿Hembra ó varón?

LAURA Hembra.
ELENA ¿De qué edad?
LAURA Diecisiete años.
ELENA (Riendo.) Gracias... es demasiado... vieja.
LAURA ¿Vieja?
ELENA Quiero decir, que hubiera deseado educarla yo misma...
LAURA Entonces, no insisto.
ELENA ¿Pero habla usted en serio?
LAURA Muy en serio.
ELENA ¿Y dice usted que esa niña?...
LAURA Es encantadora.
ELENA ¿Y se interesa usted mucho por ella?
LAURA Mucho.
ELENA ¿Cómo se llama?
LAURA Es hija natural... su nombre no hace al caso.
ELENA ¿Y su apellido?
LAURA ¿Su apellido?
ELENA ¿Tampoco quiere usted decírmelo? ¿Teme usted que me descubra el hilo de algunos amores misteriosos?
LAURA ¡Quién sabe!
ELENA ¡Me intriga usted! Vamos... dígame usted cómo se llama...
LAURA Luciana.
ELENA ¿Lo mismo que?...
LAURA Lo mismo. (Después de dudar un momento.) Me expongo á sufrir las iras de mi hermano por esta revelación... pero me es igual... cuando persigo una idea, no descanso hasta verla realizada; además, si se tratase de otra persona, quizá me callaría, pero tratándose de usted que me inspira tanta confianza como cariño... esa niña es hija natural de... de su marido de usted.
ELENA (Estupefacta.) ¡De Luciano!
LAURA Sí... la tuvo cuando era estudiante, con una obrera de la que mi hermano se acuerda perfectamente... No cabe la menor duda de que es hija de su esposo de usted... y ahora, querida Elena... ¿he hecho mal en decírselo? no lo sé; lo único que puedo asegurarla es que estoy satisfecha de mí misma.
ELENA Y tiene usted motivos para estarlo. ¡Por mi

parte se lo agradezco mucho, muchísimo! ¡Es curioso! ¡Casi tengo ganas de llorar!

LAURA. Ese es un gran síntoma.

ELENA. ¿Dónde está esa... joven?

LAURA. Aquí; en Trouville... ha venido para rogar á mi hermano que se interese por ella. ¡Se ve tan desvalida!

ELENA. ¿En mala situación?

LAURA. En pésima.

ELENA. ¿Tiene madre?

LAURA. Ha muerto... está completamente sola.

ELENA. ¿Y sabe mi marido?...

LAURA. Sí... lo saben su esposo y su suegro de usted. También es obra mía el que lo sepan... y tampoco me arrepiento de ello. El señor Briant ha oído la noticia con la más suprema indiferencia.

ELENA. Sí... ¿eh?

LAURA. Luciano se ha interesado algo más—hay que hacerle justicia—y entre su padre y él han decidido ordenar á la pobre niña que vuelva al rincón de provincia de donde ha salido.

ELENA. ¿Y eso lo han resuelto sin contar conmigo para nada?

LAURA. ¡Es claro! Luciana se niega á marcharse, porque quiere ganarse la vida trabajando... y nada más; ya lo sabe usted todo; dentro de un rato la recomendaré á la señora Salandra, que sale uno de estos días para el Brasil. Quizá se la lleve con ella, y excuso decir á usted lo contentos y tranquilos que se quedarán todos... esos señores.

ELENA. Ahora me explico la determinación de irnos de aquí cuanto antes... ¡Es muy cómodo, mucho! Pues bien, ¡no! ¡no! ¡y no!... nos quedamos en Trouville. Los hombres lo han arreglado á su gusto, ¿no es verdad? Vamos á arreglarlo al nuestro las mujeres. ¿Dónde está esa niña? ¿puedo verla?

LAURA. ¡Ya lo creo! La estoy esperando para presentarla á la señora Salandra.

ELENA. Quizá me conozca...

LAURA. No. (*Tocando el timbre.*) Sólo ha venido aquí

dos veces y no la ha visto á usted, estoy segura. (A la Doncella.) Cuando venga la joven que vino esta mañana, pásela usted aquí.

DONC. Bien, señora. (Vase.)

ELENA Si fuese posible, quisiera hablarla, interrogarla sin que pudiera sospechar quién soy. (Reflexionando.) ¿Ha venido ya la señora Salandra?

LAURA Aún no.

ELENA (Sonriendo.) Entonces podemos decirla... una mentirilla inocente, pero el fin justifica los medios; que yo soy...

LAURA ¿La señora Salandra? Muy bien; siempre hay tiempo de descubrirla.

ELENA Justo.

LAURA (Viendo que se abre la puerta.) No olvide usted que uno de estos días se va usted al Brasil. (Entra Luciana.)

ESCENA VII

LAS MISMAS y LUCIANA

LAURA (A Luciana.) Acérquese usted. (Por Elena.) La señora Salandra, de quien he hablado á usted.

LUCIANA (En voz baja á Laura.) ¿La señora Salandra?

LAURA Sí.

LUCIANA Yo me la había imaginado de otro modo.

LAURA ¿Cómo?

LUCIANA No sé... pero de otro modo.

LAURA (A Elena.) Puesto que ya se conocen ustedes... (A Luciana.) Vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA VIII

ELENA y LUCIANA

ELENA (Algo azorada.) La señora Roine me ha hecho de usted grandes elogios.

LUCIANA ¡Es tan buena y demuestra tal interés por mí!...

ELENA ¿Hace mucho que la conoce usted?

LUCIANA No señora. ¿Acaso no la ha explicado?...

ELENA ¡Sí... cierto... no recordaba! Ha perdido usted á sus padres. ¿no es así?

LUCIANA ¡Mi madre murió hace tres años!

ELENA ¿Y con quién ha vivido usted desde esa fecha?

LUCIANA Con una prima que vivía en mi mismo pueblo... pero se casó; ha tenido dos hijos, y, como comprenderá usted, yo era ya una carga para ella... por eso decidí ganarme la vida.

ELENA ¿Y no le asusta á usted la idea de separarse de los suyos? ¿de vivir sola, entre gentes extrañas, en países desconocidos?

LUCIANA Hace un momento, sí, señora; esa idea me horrorizaba, hasta el punto de que al pensar en esta presentación, no pude reprimir mis lágrimas y vine decidida á rehusar, bajo cualquier pretexto, el cargo que se me ofrecía y echarme en brazos del azar, en brazos de Dics.

ELENA ¿Y ahora? (Sonriendo.)

LUCIANA Ahora estoy persuadida que iba á cometer una ligereza; más aún, una gran locura.

ELENA ¿Y por qué?

LUCIANA No sé explicarlo; porque la he visto á usted.. no tengo otra razón,

ELENA Según eso, ¿he tenido la suerte de serle usted simpática?

LUCIANA ¡Mucho!... ¡Oh!... perdone usted.

ELENA ¿De qué, criatura? y vamos á ver, ¿cómo se explica usted esa simpatía?

LUCIANA Si no lo sé... el instinto... algo que leo en su semblante... las dulzuras de sus miradas... ¡qué sé yo! Me parece que soy una ciega, perdida en la mitad de un camino... y que ando á tientas... muy despacio. . muy despacio... pero sin tropezar, porque alguien me sirve de guía.

ELENA Ese alguien no puedo ser yo, puesto que no la he visto á usted hasta ahora.

LUCIANA Es... que... precisamente es á este instante al que yo me refiero.

ELENA (Estrechándola la mano.) ¡Pobre criatura! Tam-

bién he sentido yo al verla á usted... eso... que no acierta usted á explicarse.

LUCIANA ¿De veras? (Alegremente.)

ELENA Sí.

LUCIANA ¡Qué dicha!... Entonces me llevará usted consigo, ¿no es verdad?

ELENA Despacio... despacio... Antes tenemos que hablar de las condiciones en que usted desea venir.

LUCIANA ¿Condiciones? Una sola me atrevería á imponer.

ELENA ¿Cuál?

LUCIANA ¡Que no me abandone usted nunca! ¿Cuándo nos vamos?

ELENA Eso depende de varias circunstancias.

LUCIANA Seré su lectora, su doncella, ¡todo! No leo mal, he procurado ejercitarme... Quedamos convenidas, ¿no es así? ¿me lleva usted consigo?

ELENA No sé, no sé; es muy posible.

LUCIANA ¿Posible? ¿Luego aún no es seguro? Perdone usted que insista de este modo, pero, ¡sería tan horrible mi decepción, al verme otra vez sola !(Mirándola fijamente.) Parece que ya no me mira usted como antes.

ELENA ¿Por qué no? Lo mismo.

LUCIANA ¿Acaso le ha disgustado á usted mi excesiva franqueza? ¡Sí, sin duda!... pero no lo achaque usted á falta de respeto... era la alegria... que... que... (Llorando.) A menos... que... las circunstancias de mi nacimiento... mi condición de hija natural... ¡Sí! ¡eso es! ¡eso debe ser! (Llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ELENA ¡Pobre niña!... ¡Vamos, cálmese usted... no llore!.. y oiga con tranquilidad lo que la voy á decirle. Yo no soy la señora Salandra... soy Elena de Briant, la esposa de su padre de usted.

LUCIANA (Retrocediendo bruscamente.) ¡Oh!

ELENA ¿Por qué huye usted de mí? ¿Por qué la inspiro ese terror?

LUCIANA (Muy tristemente.) Adiós, señora. No comprendo por qué se me ha tendido este lazo, en el que inocentemente he caído. Ruego á us-

ted que olvide cuanto acabo de decirla; yo prometo, en cambio, no volver á importunar á usted.

ELENA No; este lazo, como usted lo llama, no ha tenido otro objeto que conocer á usted, sin que usted sospechase siquiera con quién estaba hablando.

LUCIANA Debe usted odiarme.

ELENA ¿Odiar á usted, criatura? ¿y por qué? ¿qué culpa tiene usted de su nacimiento? Acaso, sin esta entrevista, sería usted la que á mí me odiase. ¡No! no me juzgue usted de alma tan pequeña... la memoria de su madre de usted, no me inspira celos, y usted, más que lástima, me inspira cariño. Si su madre de usted viviera, me apresuraría á estrechar su mano, porque debe haber sufrido mucho, más de lo que yo pueda sufrir... A veces, la naturaleza liga dos almas... y las confunde misteriosamente en un mismo afecto. Usted es una criatura inocente, empieza ahora á vivir, y no puede conocer el corazón humano... quizá ni aún se dé cuenta exacta de lo que siente el suyo. ¡Odiarla yo á usted!... Para quererse, no es necesario estar unido por el vínculo de la sangre. No se arrepienta usted de haberme hallado en su camino; no se arrepentirá, se lo juro.

LUCIANA (Llorando.) ¡Señora! (Aparece Luciano por el foro y al ver á Luciana y Elena abrazadas, hace un movimiento como de sobresalto.)

ELENA (Se vuelve y ve á su marido. Tranquilamente le dice;) ¡Ah!... ¿Eres tú? (A Luciana.) Déjenos usted solos unos instantes; necesito hablar con *su padre de usted.* (Lleva á Luciana hasta la puerta, en tanto Luciano hace movimientos de desesperación.)

ESCENA IX

ELENA y LUCIANO

LUC. ¿Lo sabes?... ¿Lo sabes ya todo?

ELENA Sí.

LUC. ¿Quién ha podido?...

ELENA Ella misma; la Providencia.

LUC ¡No. ¡La fatalidad!... ¡Qué desgracia!

ELENA Déjate de lamentaciones; el hecho es que conozco á tu hija, y que el único que aquí *¡aún!* no la conoce, eres tú.

LUC Perdóname. (Abrazándola.) Nunca quise revelarte... Yo, ¡necio de mí! no pude preveer que llegase un día... ¡Y ayer llegó ese día fatal! Se presentó aquí, de repente... Repito que me perdones; te juro, Elena, que á nadie he querido como á tí... Oyeme... No me acuses sin oirme.

ELENA Acusarte, ¿de qué? ¿por qué? ¿Tienes una hija? ¡Dichoso tú que puedes decirlo!... ¡Ojalá pudiera yo decir lo propio! Lo esencial ahora...

LUC. No te preocupes; ya está arreglado. Estoy de acuerdo con Chartier, quien entregará de mi parte á esa niña, una cantidad mensual.

ELENA ¿Y ella la acepta?

LUC. Parece que se resiste á aceptarla, pero al fin cederá. Insisto en que lamento en el alma, no haberte revelado...

ELENA No te molestes; ya te he dicho que estoy al corriente de todo. Sé quién era su madre, cómo ha vivido hasta hoy esa criatura, cómo se ha educado, y hasta qué punto te habías olvidado de las dos. No, no me repliques, no trates de disculparte, ¿para qué? ¡Cosas de la juventud! ¡Has sido joven!... Yo por mi parte no lo había notado .. pero en fin, desde hoy, no pierdo la esperanza de que vuelvas á serlo.

LUC. ¡Elena!

ELENA Tranquilízate; ¿creías que al saberlo iba á *hacerte* una escena? ¿A darte un escándalo? ¿A recriminarte? ¿A deshacerme en lágrimas? ¿Para qué? Yo también tengo mi filosofía, y además, lo que no fué en mi año...

LUC. ¿Luego me perdonas, Elena mía? Me perdonas, ¿y estás dispuesta á olvidarte?...

ELENA Sí, pero no basta con olvidar el daño hecho; es preciso repararle; esa es tu obligación; obligación que debes cumplir, sin que por

mi parte halles obstáculo alguno... más aún; si antes me hubiera enterado de lo que sucede, antes te hubiera obligado á reparar tu falta.

LUC. ¿Qué quieres decir?

ELENA Quiero decir, que no podemos abandonar así como así, á esa pobre criatura, que sin edad, ni medios de defenderse contra los mil peligros de la vida, ¡Dios sabe lo que sería de ella!... ¡No! ¡No podemos cometer tal infamia!... Y mucho más, tratándose de una niña, que lo merece todo; ¡porque es angelical! ¡adorable!

LUC. (Asombrado.) ¿Luego pretendes?

ELENA Ya te lo he dicho. Sencillamente, que cumplas con tu deber, Luciano. Considera que por algo, el azar, las circunstancias, la Providencia, ha colocado á esa niña en tu camino.

LUC. ¿Y quieres que la recojamos? ¿Que viva con nosotros?

ELENA ¿Por qué no?

LUC. ¡Elena, por Dios! Tu bondad, tu gran corazón, no te dejan reflexionar detenidamente... no te das cuenta de lo que me propones. Quizá, pasada la impresión de este noble impulso, fueses tú misma quien lamentase... ¡Es imposible! ¡Imposible!

ELENA ¿Imposible, por qué?

LUC. Porque te quiero demasiado para permitir que sufras las consecuencias de una situación tan difícil, como la que pretendes crearnos, crearte, mejor dicho. Considera que se trata de la hija de una mujer, á la que me unían lazos ilegítimos... La sola presencia de esa niña, evocaría en tí, y en mí, recuerdos que por lo menos, empañarían nuestra felicidad... Comprendo que á primera vista, te haya interesado, sí; tú eres tan impresionable como bondadosa... pero... ¿y después?... ¿Cómo abandonarla más tarde, si no fuese merecedora de nuestro cariño? Si se tratase de una niña de corta edad, y pudiésemos educarla, modelar su alma, y

su carácter á nuestro gusto... ¡bien! quizá; pero se trata de una joven de diecisiete años, que no te conoce á tí ni me conoce á mí, y que si bien es verdad que no me he preocupado de ella, no es menos cierto que ella no se ha acordado para nada de mí. Claro, que no es lo mismo; ya sé que era yo quien debía... pero en fin, es demasiado tarde para que pretendamos remediar ambos nuestra falta. Por último, dentro de poco será una mujer, y quizás nos abandone sin esfuerzo alguno, por el primer hombre que logre interesarla.

Elena ¡No la conoces, no la has oído hablar! No es sólo una criatura interesante, es un rayo de luz, que viene á iluminar, á alegrar, nuestra monótona existencia. ¡Es tu juventud que vuelve, Luciano! ¡No la dejes que huya, porque quizá entonces la pierdas para siempre!

Luc. ¡Oh!...

Elena Y yo no quiero que se vaya, porque yo necesito quien me acompañe en mi soledad... ¡Tú eres mi marido, sí, pero no eres mi confidente, mi íntimo! ¡Te falta tiempo para dedicarte á mí, porque los negocios te absorben toda tu vida! ¡Y si supieras qué amargas, qué eternas, qué peligrosas son las horas de soledad, en una mujer ansiosa de cariño y tiernas afecciones! ¡Una hija! ¡La maternidad, ese fué siempre mi sueño dorado! Ya que no soy madre, ¡déjame al ménos la ilusión de creérmelo! Ya que no pudiste darme un hijo, ¡préstamele!

Luc. (Conmovido.) ¡Elena!

Elena Accedes, ¿no es cierto?

Luc. ¡Piensa que!...

Elena Somos libres, ricos, no dependemos de nadie.

Luc. Te equivocas; dependemos del mundo, de la pública opinión; desmereceríamos en el concepto de las gentes... ¡Lo repito, es una locura! ¡una locura!

Elena ¿Una locura? Tanto mejor; háce días que

siento la necesidad de cometer una, y muy grande... ¡déjame que sea ésta!

LUC Además, yo no puedo tomar una determinación definitiva sin consultarlo con mi padre.

ELENA (Vehemente,) ¿Con tu padre? ¡Ya salió el gran argumento! ¿Con tu padre? ¿Por qué? No es con tu padre con quien tienes que consultar, es con tu conciencia.

LUC. Sin embargo...

ELENA Pues bien, cuanto antes, ahora mismo. (Llamando.)

LUC. ¿Qué haces?

ELENA (A la Doncella, que se presenta.) ¿Dónde está el señor Briant?

DONC. En el jardín.

ELENA Dígale usted que venga... que su hijo y yo le esperamos aquí.

DONC. Está bien.

LUC. (Queriendo detener á la Doncella.) No... no.. ¡Aguarde usted!... ¡qué locura!... Es preferible que poco á poco... que esperemos una ocasión...

ELENA ¿Más oportuna que ésta?

LUC. ¿Pero qué voy á decirle? ¿Cómo así... cómo de pronto?...

ELENA Nada más fácil... ahora verás. (Entra Briant.)

ESCENA X

LOS MISMOS y BRIANT

BRIANT ¿Qué quereis?

ELENA Ante todo, dispénsenos usted por haberle molestado, pero se trata de un asunto urgente; de una resolución importante que acabamos de tomar Luciano y yo.

LUC. No, todavía no la hemos tomado, pero...

BRIANT ¿De qué se trata?

LUC. Aún no hemos decidido nada... hemos hablado, sí... pero... repito...

BRIANT Sepamos qué es ello.

ELENA Se trata... de esa joven... de la hija de Luciano.

BRIANT ¡Ah!

ELENA Hemos resuelto acogerla...

BRIANT (Mirando alternativamente al uno y al otro. Con tranquilidad.) ¿Acogerla?

ELENA Sí... adoptarla... reconocerla... en fin... como se diga... No estoy al tanto del lenguaje técnico.

BRIANT (Con irónica condescendencia.) Efectivamente, es una gran determinación la que habeis tomado.

LUC. Siempre contando con que usted no se opondría. (Viendo que Briant se ríe.) ¿Se ríe usted?

BRIANT ¡Claro! ¿Voy á tomar en serio esta broma?

ELENA No... si no es broma.

BRIANT Lo es, mi querida Elena, lo es... aunque tú no lo creas así; una broma... y por cierto no de muy buen gusto, pero en fin, en una estación veraniega del gran mundo, todo está permitido.

LUC. ¿De modo, padre?...

BRIANT De modo... (Alzando los hombros.) que esta tarde hay un tren á las cuatro cincuenta, y en ese me voy.

ELENA (Con intención.) Como usted guste; *nosotros* necesitamos quedarnos, para dejar terminado este asunto.

LUC. No; nos iremos también.

BRIANT (Con el mismo tono.) Cómo querais; yo llegaré á Besançon mañana por la tarde, y allí os esperaré; pero antes tengo que hacerte una última advertencia: si llegais á realizar vuestro... proyecto, ponedme un telegrama, para que tenga tiempo de buscarme nueva habitación.

LUC. ¡Padre! ¡Padre!...

BRIANT ¡Tú seguirás solo al frente de tus negocios... y yo... la del humo!

LUC. (Con desesperación.) ¡Padre!... ¡Padre!

ELENA Pero bien; hablemos, discutamos.

BRIANT No admito discusión sobre el particular. Ya soy viejo para cambiar de carácter y de

ideas... Bueno ó malo, soy como soy, y así hay que tomarme ó dejarme. Nada, no discuto. ¡Adiós! ¡No discuto! (Vase.)

ESCENA XI

LUCIANO y ELENA

ELENA Por fortuna, podemos pasarnos sin su consentimiento.

LUC. Legalmente, sí; moralmente, no. Sin contar con que sus razones son muy atendibles...

ELENA ¿Qué?... ¿Es decir, que bastan cuatro palabras de tu padre, para hacerte cambiar por completo?

LUC. ¿No oyes que me amenaza con la separación?

ELENA ¿Y preferirías separarte de mí?... Si se tratatara de una genialidad, de un capricho mío, comprendería que te mostrases severo, intransigente y hasta cruel, en esta ocasión, y yo acabaría por doblegarme... ¡pero se trata de algo grande, noble, generoso... humano! y no estoy dispuesta á ceder ante el orgullo y la soberbia de tu padre... ¡No, y mil veces no!... ¡Basta ya de sufrir su odiosa tiranía! ¡No le imites, Luciano, no le imites... no sigas ciegamente sus torpes consejos!

LUC. (Con calor.) ¡Mi padre es honrado!

ELENA ¡No basta ser honrado; es preciso ser bueno!... ¡Es peregrina esta discusión entre un padre que se niega á admitir en su casa, el fruto de sus pasados galanteos... y la mujer propia, legítima, que se olvida de todo, para tender resueltamente los brazos á la hija de su rival! ¡Nadie lo creería á no verlo! ¡Vamos, Luciano; un arranque; un rasgo de valor! ¡Déjate de vacilaciones y corre en busca de tu hija!

LUC. ¿De mi hija?

ELENA ¡De tu hija, sí!

LUC. (Violentamente.) ¿Y tengo yo la seguridad de qua sea mía?

ELENA ¿Qué?... ¡Jesús!... ¡Me das horror!... ¡me das lástima! ¡Vé hasta donde te conduce tu apocamiento, tu debilidad! ¡A convertirte en un ser despreciable!... ¡en calumniador de una pobre muerta! Pues bien; no sé, ni me importa saber, si es hija... tuya... ¡pero desde hoy... no admito discusiones!... desde hoy... ¡lo es mía! (Vase.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del primero. «La Villa Chartier»

ESCENA PRIMERA

LAURA, LUCIANA, después ELENA

LAURA ¿Con qué su prima de usted, tiene que marcharse hoy mismo á su pueblo?

LUCIANA Sí, señora ..

LAURA ¿Y se queda usted sola en Trouville? ¡no, eso es imposible!... Vaya usted y que traigan su equipaje, y que le traigan aquí; se hospedará usted en mi casa hasta que... (Interrumpiendo á Luciana que quiere hablar.) no... no me dé usted las gracias... vaya usted, vaya usted... (Vase Luciana.)

ESCENA II

ELENA y LAURA

LAURA ¿Qué ha pasado?... cuénteme usted...

ELENA Pues...

LAURA Yo, aprovechándome de que no almorzaban ustedes con nosotros, me he traído aquí á Luciana. ¿He hecho mal?

ELENA Todo lo contrario.

LAURA Cuénteme usted.

ELENA Después de la escena consabida, hemos almorzado en el pabellón del jardín, mi suegro, mi marido y yo. Durante el almuerzo, ha reinado el silencio más elocuente, y, con el último sorbo de café, se levantó mi excelente papá, diciendo con el aire más tranquilo del mundo estas solas palabras: «Voy á hacer mi baul, porque nos vamos en el tren de las cuatro cincuenta»; y con el mismo aire de tranquilidad le contesté yo sin inmutarme: «Haga usted lo que guste; nosotros no podemos marcharnos aún».

LAURA ¿Se pondría furioso?

ELENA Me despreció como siempre; Luciano estaba nerviosísimo, agitando los pies por bajo de la mesa; con la cabeza entre las manos; ¡si eso fuera la crisis! ¡Si se decidiera á tener valor!... A poco llegó su hermano de usted, y les he dejado solos.

LAURA Habrá continuado la discusión, porque mi hermano es de los nuestros.

ELENA De lo que sí he podido convencerme, es de que me será imposible, hacer vida común con mi suegro. Es un verdadero peligro para la paz de mi matrimonio. ¡Qué reticencias! ¡qué de insinuaciones! ¡qué de frases intencionadas al hablar de Clenord!

LAURA ¿Le cree usted capaz?

ELENA De una infamia, no; pero sí de apelar á todos los recursos, para incitar á su hijo contra mí... ¡Tendría gracia que por primera vez anidara la sospecha en el tranquilo corazón de Luciano! Y vea usted qué cosa más extraña; á pesar de mi absoluta inocencia, llegué á temer una explicación... sentía cierto azoramiento... Decididamente, no sirvo para el caso; las mujeres culpables, tienen más sangre fría delante de sus maridos.

LAURA ¿No ha vuelto usted á ver á Clenord?

ELENA No, ní he pensado en ello.

LAURA Yo acabo de saber de él.

ELENA ¿Le ha visto usted?

LAURA — He visto á la señora de Bernac, que me ha puesto al corriente de la crónica del día.

ELENA — ¿Y qué?

LAURA — Me ha contado que Clenord, perdió anoche en el Casino su último franco; era de esperar; el desenlace estaba previsto. Los duelos le daban gran notoriedad entre cierta gente, pero no le proporcionaban dinero...

ELENA — Acabará por suicidarse.

LAURA — Por casarse, es lo mismo. Parece que hoy en la playa, cuando recibía las felicitaciones de sus amigos y admiradores, por su *enorme triunfo*, apareció de pronto la señora Salandra.

ELENA — ¿La hermosa brasileña?

LAURA — Le saludó llena de emoción, y poco menos que cayó en sus brazos... Excuso decir á usted que la multitud aplaudió entusiasmada.

ELENA — ¡Qué rasgo tan poético! Yo también hubiera aplaudido, porque de mi inocente aventura con Clenord, no guardo el menor recuerdo desagradable. Al contrario, he visto el adulterio á través de mi ligereza, como se ve un paisaje escabroso á través de la ventanilla de un vagón al pasar. En mi memoria sólo queda el recuerdo de una falta... no cometida.

LAURA — Pero ha podido llegar á mayores; no hay que fiarse de una misma.

ELENA — Por eso me aterra mi vida de soledad, de aislamiento... Eso es precisamente lo que quisiera que comprendiese mi marido, y eso es lo que le haré yo comprender de grado ó por fuerza. (Entra Chartier.)

ESCENA III

DICHOS y CHARTIER

CHAR. — ¡Ah! ¿están ustedes aquí?

ELENA — ¿Y Luciano?

CHAR. — Acabo de dejarle.

LAURA ¿Le has convencido?

CHAR. No he creído oportuno insistir por el momento. La verdad es que el pobre está llevando unos días...

LAURA He dicho á Elena que podíamos contar contigo para todo.

CHAR. (A Elena.) Incondicionalmente, sí señora... y eso que yo no quería que usted se enterase de nada, y así se lo dije á Laura, prohibiéndole...

LAURA Ya habrás visto el caso que he hecho de tu prohibición.

CHAR. Sí, ya lo he visto, y aplaudo tu conducta... pero convengamos en que nadie podía suponer que usted (Dirigiéndose á Elena) se mostrase tan generosa en esta ocasión.

LAURA Yo lo supuse; más aún; estaba segura.

CHAR. Tú eres mujer; y si bien todas las mujeres no piensan de igual modo, suelen tener idénticos sentimientos; por esa razón has adivinado lo que yo no podía ni aun sospechar. Los hombres, en nuestro orgullo, nos creemos superiores á ustedes; cuando en realidad acontece todo lo contrario. Problemas que nosotros creemos insolubles ó trascendentales... hallan fácil y pronta solución en el corazón femenino. El caso presente acaba de demostrarlo; reconozco mi inferioridad...

(Se abre la puerta y entran Luciano y Briant.)

LAURA ¡Se acerca el enemigo!

ELENA ¡Pues huyamos! ¡huyamos! (Vanse.)

ESCENA IV

LUCIANO, BRIANT y CHARTIER

LUC. (A Chartier.) ¿Hablabas con Elena?

CHAR. Sí.

BRIANT ¿Ha mandado usted avisar el coche?

CHAR. ¿Para el tren de las cinco?

BRIANT De las cuatro cincuenta.

CHAR. ¿Pero de veras está usted decidido á irse en seguida?

BRIANT Decididísimo; acabo de telegrafiar anunciándolo así.

CHAR. (*Sentándose en el sofá.*) Crea usted que lamento haber sido testigo y hasta parte.

BRIANT De seguro que no participa usted de mis ideas.

CHAR. (*Por educación.*) Yo...

BRIANT Y por el solo motivo de no querer admitir en mi familia á una joven que se titula hija natural de Luciano, me considerará usted como un ser atrabiliario, intransigente, lleno de prejuicios y chocheces, é indigno de vivir en el siglo veinte; ¿no es así?

CHAR. (*Lo mismo que antes.*) La verdad...

BRIANT Y hasta aprobará usted la conducta de mi nuera... ¿me equivoco?

CHAR. No señor, la apruebo.

BRIANT No me extraña; usted y los que como usted piensan, acabarían por destruir los sagrados principios del hogar, si no hubiera quien les fuese á la mano. Ayer, almorzando, nos contó usted con vivos colores, con relativa emoción, la historia de un caballero amigo de usted, que sintiéndose morir, llamó para que le cerraran los ojos á su mujer y á su amante, y hasta parece que sobre la cabeza del moribundo se juraron las dos rivales eterna amistad. El colmo de la civilización, ¿no es eso?

CHAR. ¿Usted hubiera preferido morir abandonado de la una y de la otra?... Todos los días y á todas horas oimos decir que la vida, hoy por hoy, carece de ideales, de honradez, ¡de nobleza! Diríase que los que tal propalan tienen por único objeto sembrar el pesimismo y la hipocondría entre nuestra sociedad; y si alguno se atreve á insinuar que nuestros antepasados no valían ni más ni menos que nosotros, se le tacha de soberbio, de audaz y hasta de... mal ciudadano; á tal punto, que hoy es necesario más valor para alabar á sus semejantes que el que antiguamente se necesitaba para criticarlos... yo, señor Briant, no sé si nuestra época de-

jará en la historia una estela de heroismo, de abnegación, de ternura; pero la encuentro á pesar de todos sus defectos y sus vicios, más cordial, más humana, más razonable que la de usted; no tenemos, es verdad, tantas virtudes, pero en cambio tenemos más compasión y más indulgencia para el dolor y los delitos ajenos.

BRIANT Esta discusión se haría interminable. Yo ya he notificado á Luciano mi inquebrantable resolución; no quiero añadir una palabra más, ni pretendo ensañarme con una persona que, después de todo, me es indiferente. Por último, querido Chartier—y esto puede que le sea á usted agradable el oirlo—no abrigo la menor duda acerca del resultado...

LUC. ¿Qué quiere usted decir?

BRIANT (Siguiendo hablando á Chartier.) Mi nuera tomará la defensa de esa joven, con tanto más empeño, cuanto que sabe que esa es la única manera de desembarazarse de mí... Mi hijo no sabrá resistir las súplicas de su esposa. La hija natural sustituirá al abuelo legítimo, y así verá usted realizados sus sueños acerca de la moral y de la familia.

LUC. ¿Supone usted que voy á dejarme vencer tan fácilmente?

BRIANT No te hagas ilusiones, hijo mío. ¿Quieres que te diga lo que sucederá?

LUC. Sí.

BRIANT Pues cargarás con la niña... para dar gusto á Chartier... y á tu esposa; y luego como no te atreverás á vivir en Besançon...

LUC. ¿Dónde viviré?

BRIANT Donde tu mujer quiera... en París, por ejemplo.

LUC. ¡Ya!

BRIANT Vivirás en París... y como para vivir en París, hace falta mucho dinero, venderás la fábrica á Serquy, y yo me retiraré al campo á esperar mis últimos días: únicamente te suplico que antes de morir, vengas una vez tan solo á verme... no te pido otra cosa.

LUC. (Algo emocionado.) Corriente; por primera pro-

videncia, nos vamos todos de Trouville.. usted, Elena y yo.

BRIANT Enhorabuena. (Viendo la hora.) Aún disponemos de una hora... ¿vendrá usted á la estación, señor Chartier?

CHAR. Con mucho gusto.

BRIANT Voy á mandar bajar los baules. (Se va.)

CHAR. Le acompaño á usted. (Vanse.)

ESCENA V

LUCIANO y ELENA que entra

LUC. ¡Elena!

ELENA ¿Deseas algo? ¿Qué sucede?

LUC. ¡No puedo más!... Es imposible que esta situación continúe... mi padre se marcha.

ELENA Está en su derecho.

LUC. ¿Y tú?

ELENA Yo... yo no me voy... ya te lo he dicho en el almuerzo.

LUC. ¿Y yo?... ¿Qué hago yo?

ELENA Pues lo que quieras... irte con tu padre, ó quedarte conmigo ó irte solo... ó emprender un viaje de recreo... lo que quieras... no tienes más que *l'embarras du choix*.

LUC. Ten en cuenta, que por infinitas razones, es necesario que me vaya.

ELENA Pues vete.

LUC. ¿Y crees que voy á dejarte sola?

ELENA Ya soy mayorcita; no te cuides de mí; la señora de Roine me ha brindado hospitalidad hasta fin de estación... y además, estoy comprometida con varias familias para giras y comidas, en el mar, en el campo... Esta misma noche...

LUC. (Con cólera reconcentrada.) ¿Comprometida?

ELENA Sí.

LUC. Pero es que yo no estoy comprometido...

ELENA No asistas... eres libre.

LUC. ¿Y dónde es la fiesta de esta noche?

ELENA En casa de Serquy.

LUC. ¿En casa de Serquy? ¿Y quién va, si puede saberse?

ELENA ¡Uf!... Mucha gente... es una fiesta en honor de Clenord, para celebrar su reconciliación con sus dos adversarios.

LUC. ¡Ya!

ELENA ¿No te he dicho que se había batido Clenord? Sí, creo que sí.

LUC. Sí... me lo has dicho, me lo has dicho. (Rezonga algunas palabras ininteligibles.)

ELENA ¿Qué murmuras?

LUC Nada.

ELENA Será una fiesta brillantísima.

LUC. (Conteniéndose.) ¿De manera que te irás mañana?

ELENA (Como haciendo memoria.) ¿Mañana? No; es imposible; tengo que quedarme unos días en Trouville, para terminar de una vez, con ayuda de la señora Roine, el asunto de... esa joven. ¿No te acuerdas? De esa de quien te hablé. ¡Eres más distraído!... Yo, la verdad, me interesaba doblemente en obra tan caritativa, por tratarse de una hija tuya... pero puesto que dices que no lo es; puesto que me aseguras lo contrario... te creo... y sigo preocupándome, siquiera por caridad cristiana...

LUC. ¡Elena!

ELENA ¿Acaso te disgusta que tu mujer tenga un corazón abierto á la piedad?

LUC. El porvenir de esa niña, está ya asegurado, puesto que disfrutará de una pensión vitalicia.

ELENA ¿Que tú le has ofrecido?

LUC. Sí.

ELENA ¿A título de qué? ¿No aseguras que no eres su padre?

LUC. ¡Oh! (Anonadado.)

ELENA Oyeme, Luciano, y óyeme con tranquilidad, porque te hablo muy en serio y por la última vez... Yo no quiero, ¿lo entiendes bien? no quiero vivir como hasta aquí he vivido; esclava de tu padre, y de tu debilidad; yo necesito luz, bienestar, cariño, alegría; si

esto no se me otorga, no respondo de no perder algún día la cabeza, y tomar una resolución, bastante más escandalosa, que la de recoger á una criatura abandonada. Allí estoy (Señalando la puerta derecha.) con Luciana, reflexiona sobre lo que acabo de decirte, y llámame cuando hayas reflexionado, pero llámame para algo definitivo... ¡Adiós! (Medio mutis.)

LUC. Espera... voy á llegar (Deteniéndola.) al límite de las concesiones... que venga esa niña... quiero verla, hablarla, quiero saber lo que piensa, lo que quiere, lo que exige... y si después de mi entrevista con ella, aun te niegas á partir...

ELENA ¿Qué?

LUC. Habrá que creer que otras razones te detienen en Trouville.

ELENA ¿A mí? No eres digno de mi sinceridad.

LUC. Que venga esa niña.

ELENA Ahora mismo. (Vase.)

ESCENA VI

LUCIANO

(Se pasea dando señales de gran agitación y accionando violentamente; se le oye pronunciar palabras confusas.) «Ahora veremos..» «¿Y después?...» «Porque mi padre...» «Y si Clenord...» (Entra Luciana acompañada de Elena que se va sonriendo con la satisfacción de haber vencido; Luciana se detiene en el dintel de la puerta que se ha cerrado.)

ESCENA VII

LUCIANO y LUCIANA

LUC. (Da algunos pasos presuroso hacia ella, se detiene y se la va acercando lentamente.) Señorita... yo... yo.. (Mirándola.) Siéntese usted aquí. (Conduce á Luciana á una silla; él coge otra y se sienta á su

lado.) ¿Usted no creerá que soy su enemigo? ¿que trato de hacerla daño?... ¿No es cierto? Usted no puede pensar eso. (Habla con dificultad y penosamente.) Hablemos... veamos de encontrar... de procurar... he rogado á mi amigo Chartier que la propusiera á usted de parte mía... algo que yo encontraba razonable... sí... razonable... ¿Por qué no ha aceptado usted?... No creo que mi proposición fuera humillante... ¿Por qué?

LUCIANA (Sin mirar á su padre.) El señor Chartier ha debido decir á usted... ó mejor la señora Roine... no necesito nada... nada...

LUC. Sin embargo, usted no tiene medios..

LUCIANA Trabajaré.

LUC. ¿Qué la impide aceptar lo que la propongo? ¿No quiere usted responderme?... ¿Acaso su madre ha inculcado en usted sentimientos de rencor y odio hacia mí?

LUCIANA ¡Oh, no! Mi madre siempre me habló de usted con cariño y ternura... no tenía secretos para mí. Me reveló su falta, para que yo no incurriera en otra igual, para prevenirme contra las asechanzas de la vida, pero nunca tuvo una frase de odio contra usted.

LUC. Entonces, ¿por qué á su muerte no se dirigió directamente á mí? ¿No sabía usted dónde vivía?

LUCIANA Mi madre me lo había prohibido... Vine á Trouville ignorando que estuviera usted en estas playas... Puede usted preguntárselo al señor Chartier... Muchas veces oí decir á mi madre que no tenía queja alguna contra usted; al contrario, y hasta me hizo jurar que yo no reclamaría á usted nunca nada... Era muy buena, muy buena. (Está muy emocionada.)

LUC. (Levantándose.) ¡Era una santa!... Cuando nos separamos tuvimos una cordial explicación. Le dije... la verdad, lo que me obligaba á alejarme de ella; mis deberes de hijo... mi padre arruinado, los negocios perdidos... toda mi familia consternada... yo era hijo único... joven... no podía negarles el apoyo

que todos me pedían... Su madre de usted lo comprendió así y se resignó; la entregué lo que pude y nos separamos con lágrimas en los ojos... después poco á poco...—ya ve usted que la digo toda la verdad,—me fuí olvidando... y me casé... ¡Mi falta, mi gran falta!

LUCIANA (Cogiéndole maquinalmente una mano y soltándola en seguida.) ¡Oh!... ¡Por Dios!

LUC. Lo que no me perdonaré nunca es el abandono en que he tenido á usted tantos años. Comprendo, sí... comprendo su negativa de usted en aceptar lo que la ofrecía... parecía una limosna... era ofensivo para usted... pero ahora ya no es el desconocido el que habla, es el padre que reclama el derecho de velar por usted... Si usted se niega, las consecuencias serían horribles.

LUCIANA ¡Oh, no! ¡cAepto! ¿Pero á qué consecuencias se refiere usted?

LUC. Usted ya conoce á mi esposa, ¿no es así?

LUCIANA Sí... casualmente.

LUC. No importa cómo; el caso es que usted ya la ha visto y hablado; y le ha sido usted tan simpática, que quiere, desea con verdadero afán una cosa que hoy por hoy es irrealizable... quizá andando el tiempo...

LUCIANA ¿Qué?

LUC. Quiere que viva usted con nosotros.

LUCIANA ¡Oh! ¡Le juro á usted que soy ajena por completo á esa pretensión, se lo juro!

LUC. Sí, lo sé... yo también deseo... pero hoy por hoy... es imposible... Constituiría mi desgracia... Algún día la explicaré á usted...

LUCIANA ¡No... si yo no necesito explicación alguna de... de usted... ¿Seré yo la causa de su desgracia? ¿Qué hay que hacer para evitarlo? ¿Qué hay que hacer? ¿Quiere usted que me vaya? ¿Quiere usted que vuelva á Epenille?

LUC. Sí... Luciana.

LUCIANA Me iré... esta misma tarde con mi prima... me iré... me iré... pero... ¿me permitirá que dé las gracias personalmente á su esposa, verdad?

LUC. (Cogiendo las manos de su hija y atrayéndola hacia él, pero sin abrazarla.) ¡Oh!

LUCIANA (Sonriendo.) ¡Cómo se sorprenderán en mi mi pueblo al verme volver!

LUC. ¿Tiene usted amigas en Epenille?

LUCIANA Muy pocas... la mejor es la maestra que me ha cuidado y ha dirigido mi educación... Quizá algún día, estudiando mucho, llegue yo también á ser maestra.

LUC. ¿Maestra de niñas?' ¡Bonito porvenir! Hay que aspirar á más... Yo me encargo... Nos escribiremos... (Pausa; después de mirarla larga y fijamente.) Y ahora, adiós, Luciana, separémonos... fíjese usted bien en mi cara, no la olvide...

LUCIANA (Sonriendo.) ¿Olvidarle á usted? ¡Si le reconocí el primer día... cuando usted entró!

LUC. (Asombrado.) ¿Me reconoció usted?

LUCIANA Sí... mamá tenía un retrato de usted y por él...

LUC. ¿De veras? No recuerdo...

LUCIANA De cuando usted tenía veinte años.

LUC. ¿Le había conservado?

LUCIANA ¡Digo!

LUC. ¿Y dónde está ese retrato? ¿En Epenille?

LUCIANA No... como no pensaba volver... le tengo con mis papeles.

LUC. ¿Quiere usted ir á buscarlo?

LUCIANA No es preciso. (Abriendo un sobre.) Véale usted.

LUC. (Mirando el retrato.) ¿Soy yo este?

LUCIANA ¡Ya lo creo! ¡Si está usted muy parecido!

LUC. ¿Parecido?... ¡Hum! ¡Ah! ¡Sí; ahora caigo... nos hicimos este retrato un día de feria... en una barraca!

LUCIANA (Riendo.) ¿De feria? ¿Dónde?

LUC. (Riendo también.) En París... (Suspirando después de mirar el retrato.) ¡Cómo he cambiado!

LUCIANA No... cuando se ríe usted no se advierte... ¡¡Qué casualidad! También en el retrato se está usted riendo... (Viendo que Luciano se mete el retrato en el bolsillo y deteniéndole el brazo.) ¡Oh... no se lo guarde usted!

LUC. (Secándose los ojos.) Sí... me lo quedo, sí...

(Bruscamente.) Ea, no puedo luchar más contra mí mismo, contra tu juventud... contra la mía... me quedo con el retrato... y contigo. (La abraza; entra Elena y los ve.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS y ELENA

ELENA (Aproximándose á Luciano.) ¡Bravísimo! ¡vencí! ¡Ahora soy yo quien te sorprende en fragante delito! ¡Ahora soy yo... quien te pide un abrazo!

LUC. (Volviéndose hacia la izquierda.) ¡Elena!

ELENA (A Luciana.) Vaya usted á despedir á su prima, y vuelva usted á escape... á escape. (Acompañándola hacia la puerta. Luciana se va, después de mirar sonriente á su padre y á Elena.)

ESCENA IX

LUCIANO y ELENA

LUC. ¿Me amas aún? ¡He sufrido tanto estos días.

ELENA (Sonriente.) Eres un desgraciado... de aprensión; llegaste á dudar de mí y para vengarme voy á darte una gran noticia; mi pretendiente se casa.

LUC. ¡No, si no dudé nunca! te amo demasiado, para...

ELENA Y si yo no te amase, ¿me hubiera interesado tanto por tu hija? (Comprendiendo un gesto de Luciano.) Sí... sí... comprendo... nos olvidamos de tu padre; dile que si acepta la solución que hemos encontrado al problema, seré la nuera más dócil y bondadosa del mundo.

LUC. (Interrumpuiéndola.) ¿Aceptar mi padre?... ¡no le conoces! Pierde la esperanza de toda reconciliación... ¡Si le hubieras oído hablar hace un rato con Chartier!... se mostró más inflexible que nunca... y con su ironía...

ELENA Mortificante.

LUC. Mortificante, no... molesta... me predijo el porvenir, nuestro porvenir; decía que no volveríamos á Besançon .. que yo vendería mi fábrica á Serquy... y después de todo... no tendría nada de particular... me la paga á buen precio.

ELENA ¿Sí?

LUC. ¿Y por qué no he de venderla? En veinte años de constante trabajo, no he tenido un minuto de reposo y necesito descansar... gozar.

ELENA (Inclinada hacia él por la espalda.) Sí, querido Luciano, descansar, gozar, viajar mucho, ser muy felices... Aprovechar los años que nos quedan de vida.

LUC. Sí... sí... eso haremos, eso haremos. (La abraza. Entra Briant con una maleta en la mano y vestido de viaje.)

ESCENA X

LOS MISMOS y BRIANT

BRIANT Lo dije; no nos vamos juntos.

LUC. (Levantándose.) Padre.

BRIANT (Con alegría irónica.) Lo dije, te conozco demasiado. No te disculpes, no me incomodo, al contrario.

ELENA ¡Ea! mi querido papá suego... un abrazo, y pelillos á la mar.

BRIANT Acepto con mucho gusto el abrazo... pero en cuanto á torcer mi resolución... ¡nunca! soy hombre de convicciones.

ELENA ¿No espera usted á ver á su nieta?

BRIANT Más tarde... más tarde... ya me la llevaréis cuando sea más viejo y chochee. (Mira la hora.) Ea, ya es hora. (Entran Laura y Chartier por el foro.)

ESCENA XI

LOS MISMOS, CHARTIER, LAURA, luego LUCIANA

LAURA Hay tiempo, señor Briant.

BRIANT Señora, ¿tiene usted empeño en hacerme perder el tren?

LAURA Es verdad, lo confieso.

BRIANT Y yo no he perdido ningún tren en mi vida. (Dirigiéndose á la puerta.) ¿Viene usted, Chartier?

CHAR. (Cogiendo la maleta.) Puesto que no hay más remedio... vamos allá.

BRIANT (Estrechando las manos de Luciano y Elena.) Hasta la vista, Luciano... adiós, Elena... no se molesten ustedes... adiós... adiós. (En este momento se abre la puerta y Luciana se detiene tímidamente en el dintel, al ver tanta gente. Briant la mira rápidamente, se inclina levemente murmurando:) Señorita... (Y se va como á la fuerza y dudando, dejando entrever la emoción que asoma.)

LUCIANA (Bajo á Elena, cuando se ha ido Briant.) ¿Quién es ese caballero?

ELENA ¡Ese... es tu abuelito! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas